

Nº 1

La Línea,

Noviembre 1980

Carta de CASATUYA

Publicada
por un
aprendiz de noviolento
que ha escogido
el
Campo de Gibraltar

Queridos amigos:

Se acabaron las Cartas gurriatas y empieza una nueva serie: Cartas de Casatuya. Esto significa que mi familia y yo hemos trasladado al fin nuestra residencia, realizando un proyecto largamente acariciado. Ya no somos "gurriatos" sino linenses.

Bueno, no toda la familia. Por supuesto nuestras dos hijas casadas no nos han seguido, aunque ayudaron a la mudanza con sus respectivos maridos. Pero además Ana se ha quedado este curso escolar en Madrid por razón de sus estudios de música, y Mario está empezando a estudiar física en la Universidad de Sevilla. Así es que la mayor parte de este curso seremos cuatro los habitantes de Casatuya: Diego y Marta (nuestros dos hijos menores), Hilde y yo.

Este nombre, Casatuya, quiere ser algo más que una cortesía formularia. Nos gustaría ver por casa (algunos ya han empezado a desfilar) a objetores de conciencia y aprendices de noviolentos de todas las latitudes; a gibraltareños sin discriminación de opinión política ni de cualquier otro tipo; a linenses amigos y a aquellos que no aprueban nuestra posición; a los compañeros de algunos días en las cárceles de Jerez y Algeciras y a los policías, guardias civiles y funcionarios que amablemente nos facilitaron la entrada en esos establecimientos. La lista podría alargarse, aunque somos conscientes de nuestra limitada capacidad de acogida. Si se descuelgan al mismo tiempo unos cuantos lectores, nos pondrán en un apuro.

. . .

Muchos estáis enterados de que una de las razones de mi largo silencio y de mi inactividad ha sido un percance de salud, por fortuna ya superado. Pero no ha sido la única. El cambio de residencia ha traído aparejados numerosos problemas que han requerido mi atención y mis esfuerzos. Los apuros financieros también tienen mucho que ver en esto. Y finalmente hay, desde abril, una razón política.

. . .

En efecto, la declaración de Lisboa con el anuncio de que al fin se iba a abrir la frontera parecía aconsejar una prudente espera a cuantos veníamos pidiendo eso. Después de lo ocurrido en julio del pasado año, hubiese sido de mal gusto que los noviolentos echáramos las campanas al vuelo tratando de atribuirnos el mérito del cambio operado en el ministro Oreja. Más valía ser discretos, dejar que el ministro explicara a su guisa las razones del viraje y esperar a ver lo que traía el verano.

Pero el verano no trajo sino decepción tras decepción, lo mismo que el otoño, y nosotros no vamos a estar callados indefinidamente, sobre todo cuando las voces contrarias a la reconciliación empiezan de nuevo a envalentonarse.

. . .

Es sintomática la reacción de algunos ante la frustrada miniapertura de la frontera el 3 de agosto. Con esa ocasión volvieron a utilizarse los insultos como proyectiles contra un Gibraltar

asediado, como si no hubieran transcurrido dos decenios desde los "gloriosos" tiempos en que empezó a ser frecuente tan bochornosa táctica. Hubo insultos gritados a pleno pulmón ante la frontera por un ciudadano venido de lejos, que suscitaron las protestas de los linenses presentes. Pero hubo también insultos escritos: "arribista", "sicario" (¿sabrá el periodista lo que significa este término?), "venalidad", "falacia", "falsedad"... palabras que, aplicadas a los gibraltareños en general o a algunos de ellos, pudieron leer nuestros vecinos en las páginas de "Area". (No es esta la tónica general del periódico, pero puede bastar un artículo escrito con mala... tinta para destruir muchos esfuerzos de reconciliación.)

No voy a extenderme en comentar la ausencia gibraltareña en el Curso de Verano de San Roque. Me limitaré a observar algo elemental: no se nos ha podido o querido informar sobre lo que ellos dijeron. Nuestra prensa, que yo sepa, no publicó el comunicado del Gobierno de Gibraltar, las declaraciones de Joe Bossano, etc. Y quisiera decir también desde aquí al alcalde de San Roque que lamento muy de veras lo ocurrido, pues estoy convencido de su buena voluntad reconciliadora, pero que cualquier buen conocedor de Gibraltar habría podido predecir el contratiempo, desde que se vio que la frontera no estaría abierta para todos este verano.

Desde el punto de vista de la noviolencia, nos preocupa la posibilidad de que se pretenda llevar las negociaciones sobre Gibraltar hacia el uso conjunto de la base militar, desoyendo la voz del pueblo. A ello me refiero en el artículo Eso no, milord, reproducido más adelante. Ya que no se puede satisfacer de otra manera el patriotismo reivindicativo español, se trataría de contentar a nuestro ejército permitiéndole confraternizar con el británico en el Peñón. Pagando el uso de las instalaciones, claro está. Maniobra burda, contra la que podrían unirse protestas de muy diverso origen. Pero maniobra posible, por desgracia, en este país.

(Por cierto que "Miguel de Córdoba", en el semanario gibraltareño VOX, se extraña de que yo me preocupe por la base militar de Gibraltar y guarde silencio, en cambio, sobre las bases estadounidenses en tierra española. Respondo: yo soy muy poca cosa para poder ocuparme de todo lo que interesa a la noviolencia; otros noviolentos españoles hay que hacen campaña contra las bases estadounidenses, y yo estoy de corazón con ellos. También se pregunta "Miguel de Córdoba" si yo pierdo de vista que hay en el Campo de Gibraltar no pocos carteles de "Zona militar, prohibida". Respondo: No lo pierdo de vista, y más de una vez he desafiado esa prohibición al regresar de Gibraltar saltando la puerta de la verja, lo que me ha valido el ser acusado ante la jurisdicción militar, junto con algunos compañeros.)

Otro artículo reproducido en estas páginas es La cirugía de las armas como último recurso. Que nadie se asuste: no se trata en absoluto del problema de Gibraltar. En este texto y en el siguiente, ambos publicados en EL CIERVO, se trata de responder a algunas objeciones a la doctrina de la noviolencia.

En el artículo Adiós, señor Oreja trato de hacer un balance de la actuación de este ministro en el asunto de Gibraltar. De zigzague ante califico su política, y parece que su inesperado relevo le sorprendió en pleno zigzagueo. ¿Cumplirá el nuevo ministro las promesas mal definidas de Lisboa? Bueno, quizá el relevo del ministro no tenga tanta importancia, mientras sigan existiendo en el Ministerio personajes que exigen un frenazo cuando el ministro va acelerado demasiado.

Viene después la información sobre la Operación Antiverja 80.

Desde mi punto de vista personal, lo más positivo de esta operación es que no fue ni preparada ni ejecutada por mí. Un grupo de noviolentos andaluces ha recogido esta vez la antorcha que yo encendí. La operación se hizo intencionadamente sin espectacularidad, pero está claro que se repetirá en mayor escala si la tozudez de nuestros gobernantes sigue haciéndoles violar sus propias leyes y desdeñar los intereses del pueblo.

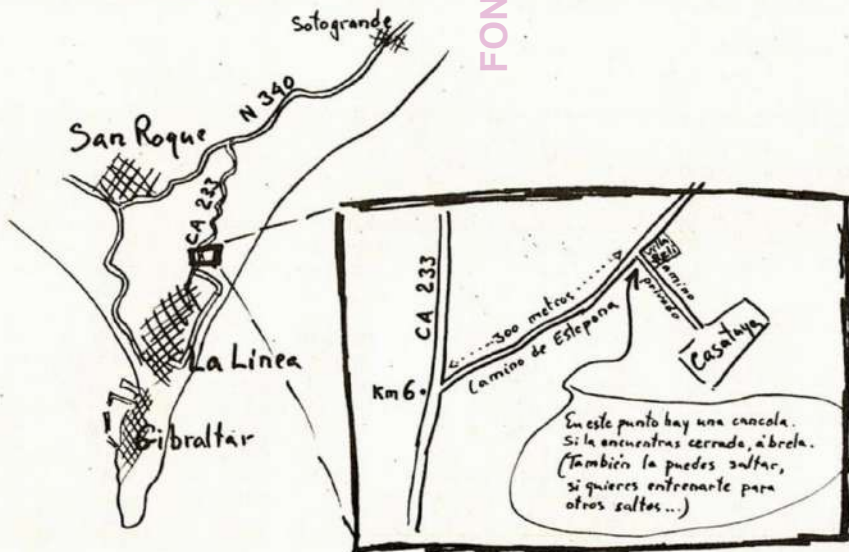
El artículo Aranguren y la noviolencia va destinado sobre todo a mis compañeros de tres días en el "Foro del Hecho Religioso", a algunos de los cuales enviaré esta Carta (no a todos, que me costaría un dineral).

Finalmente, espero se me disculpará por lo parcial, lo desigual y lo incompleto de la Pequeña cronología hispanogibraltarera que ofrezco, como continuación de la iniciada en la "Carta gurriata" nº 6. Pese a sus defectos, tal vez ayude a unos a recordar, y a otros a hacerse una idea de la problemática hispano-gibraltarera.

Paz para todos, y perseverancia para los reconciliadores.

Gonzalo Abian

Situación de Casatuya:



ESO NO, MILORD

El secretario del Foreign Office tiene motivos para estar satisfecho de su reciente acuerdo de Lisboa con su colega español Marcelino Oreja. El gobierno español anuncia finalmente su propósito de restablecer las comunicaciones directas con Gibraltar, rectificando una torpe política antigibraltareña, que durante más de una década sólo ha producido molestias, irritación, enemistad y distanciamiento. El gobierno inglés por su parte acepta poner la etiqueta de «negociaciones» a lo que en los últimos años se ha llamado «conversaciones», con la salvedad expresa de mantener plenamente su compromiso de respetar los deseos de la población de Gibraltar.

Todos cuantos de alguna manera hemos abogado por este necesario replanteamiento del conflicto del Peñón nos alegramos también sinceramente. Son muchos los motivos de satisfacción ligados a las nuevas e interesantes perspectivas que ahora se abren. Habrá dificultades y el camino de la reconciliación será muy largo, por supuesto, pero se ha dado el primer paso.

Quisiera recalcar aquí un aspecto que me parece importante: el reconocimiento tácito, por parte española, de la buena fe británica en la proclamación del principio democrático como base de la descolonización. Los deseos de los gibraltareños eran considerados durante mucho tiempo, desde Madrid, como una cortina de humo para ocultar los intereses imperialistas británicos, como si la Inglaterra de hoy fuese todavía la de Nelson o incluso la de Churchill. No: reconozcamos que la Inglaterra de nuestros tiempos ha abandonado voluntariamente todas aquellas colonias, desde la

India hasta la más pequeña isla de las Antillas, cuya población se lo ha pedido. ¿Por qué no había de hacer lo mismo en Gibraltar? Es así de sencillo, pero es verdad: el principal motivo de que los ingleses no se marchen del Peñón es un compromiso moral que han contraído con sus habitantes. Lo del interés estratégico de la Roca son monsergas en que no cree ningún estratega serio. Felicitemos, pues, a nuestros diplomáticos que venciendo la deformación profesional que les invita a buscar segundas y misteriosas intenciones en cualquier propuesta aparentemente sincera han terminado por aceptar el consejo que discreta e insistentemente se nos ha estado dando desde Londres: traten ustedes de ganarse la amistad de los gibraltareños y por nuestra parte no habrá dificultades.

Personalmente, hace tiempo que estoy convencido de la sinceridad y la honradez, en lo fundamental, de la posición británica en el conflicto en los últimos quince o veinte años. Así lo he proclamado repetidamente, lo que no ha dejado de valerme alguna acusación de probritánico por parte de ciertos patriotas simplificadores.

Por ello precisamente creo poder levantar, con más aplomo, una voz de alerta ante una reciente insinuación de Lord Carrington tras la cual podría haber, esta vez, unos móviles no muy democráticos ni generosos. Sus palabras (declaraciones a EL PAÍS, 27-4-80) fueron estas: «No puedo ver por qué la presencia de las instalaciones militares en Gibraltar deba ser un problema entre España y Gran Bretaña. Acogeríamos cualquier propuesta española para la utilización de estas facilidades».

Es sabido que una parte fundamentalísima de las «instalaciones militares» en Gibraltar es el aeropuerto, que tiene un doble uso, civil y militar. Si Lord Carrington se hubiera limitado a hablar de la utilización de la famosa pista de aterrizaje, podría entenderse que repetía otras sugerencias oficiosas inglesas sobre administración conjunta hispano-británica de un aeropuerto que, dedicado exclusiva o casi exclusivamente a fines civiles, contribuiría no poco al desarrollo de todo el Campo de Gibraltar. A nadie se le escapa que esto sería beneficioso y deseable para todos.

Pero no se trata de eso. Se trata de la base militar, y la perspectiva que se evoca es la de una participación militar española en ella (con OTAN o sin OTAN). Sostengo que la velada oferta no es ni democrática ni generosa.

No es democrática ¿No dice Lord Carrington, en las mismas declaraciones que «No se puede ignorar los deseos de la gente del territorio cuando se está considerando su futuro? ¿Y no constituye la base militar, cualquiera que sea la potencia administradora, una sombría amenaza sobre el futuro de «la gente» gibraltareña y campogibraltareña? Es asombrosa la ligereza con que, al tomar una decisión que trae consigo el peligro de destrucción total de extensas regiones en caso de conflicto bélico, los políticos prescinden de consultar a los habitantes interesados. Nadie consultó a los gibraltareños (mucho menos a los campogibraltareños) para construir las instalaciones militares del Peñón. Se habla ahora de poner esas instalaciones a disposición del ejército español, naturalmente sin consultar tampoco a los campo-

gibraltareños ni a los gibraltareños. Pero si Lord Carrington hubiera hecho algunos sondeos de opinión entre los interesados, podría llegar fácilmente a la conclusión de que la base militar, independientemente de la bandera que se haga ondear sobre ella, no goza de especial simpatía ni a uno ni a otro lado de la verja.

Tampoco hay generosidad en la sugerencia del secretario del Foreign Office de acoger «cualquier propuesta española...». Hablemos claro. Inglaterra es un país que está de vuelta de muchas cosas: de aventuras coloniales, de orgullos imperiales, de vanas exhibiciones de fuerza

bruta. Tiene todavía un poderoso ejército, claro está. Pero la cuantía de los gastos militares se percibe como una pesada carga, de la cual Gibraltar es una parte pequeña pero no desdeñable. Nada más natural, para el gobierno de Londres, que buscar quien le ayude a pagar la factura.

España por su parte -o más bien la clase política española- ha mostrado hasta ahora un tanto mucho menos pragmático en la cuestión de Gibraltar. Es el punto de honor lo que importa. ¿Caerán nuestros dirigentes en la tentación de satisfacer muy parcial e infantilmente su vanidad haciendo que la bandera roja y gualda ondee sobre algunos

cuarteles de la Roca, a cambio de lo cual se nos haría el honor de permitirnos contribuir a la financiación de los gastos de la base?

-Los ingleses llaman un «elefante blanco» a un regalo espectacular pero embarazoso, que sólo produce molestias en quien lo recibe. Lo que Lord Carrington quiere regalarnos es peor todavía: es medio elefante blanco. ¿Que podríamos hacer con él?

GONZALO ARIAS



La cirugía de las armas como último recurso

Mesa redonda aquí sobre la violencia, coloquios o charlas acá o acullá sobre la noviolencia, ciclo en un colegio universitario sobre el terrorismo, otro sobre antimilitarismo y objeción de conciencia, preparación de un foro de intelectuales cristianos sobre "cristianismo y violencia" o de una semana de pensamiento cristiano sobre "respeto a la vida humana", números monográficos de revistas sobre estos mismos temas... Posiblemente sea una impresión subjetiva, pero en estos últimos tiempos me ha parecido ver multiplicarse a mi alrededor los síntomas de una preocupación creciente entre pensadores, teólogos, moralistas, sociólogos y politicólogos en torno al problema, nunca resuelto a satisfacción de todos, de la valoración moral y política de la violencia armada al servicio de la sociedad.

Voy a fijarme aquí, entre las distintas formas de violencia sobre las que suele polemizarse (estructural o directa, individual o colectiva, internacional o intranacional...), en una que suscita muy especialmente juicios encontrados, cuando no vacilaciones y contradicciones en una misma persona. En la tipología de la violencia propuesta por el irenólogo Johan Galtung, se trataría de la violencia "directa colectiva vertical contra la cumbre". Es decir: la violencia revolucionaria o de lucha contra un poder tiránico u opresor.

Se trata de volver una vez más sobre la cuestión que Pablo VI dejó sin zanjar en aquel famoso y discutido pasaje de la *Populorum Progressio*: aquél en que rechaza la tentación de la violencia revolucionaria a la que acusa de engendrar nuevas



injusticias y ruinas, pero al mismo tiempo introduce un inciso en que deja a salvo "el caso de tiranía evidente y prolongada que atentase gravemente al bien común del país". Caso nada raro en el mundo de hoy como en el de ayer, y ante el que Pablo VI no nos dice lo que hay que hacer.

DESAFIO A LOS NOVIOLENTOS

La gente percibe mejor la dificultad ante ejemplos concretos. He aquí cuatro que últimamente, en coloquios o en letra impresa, se nos han lanzado como desafío a los noviolentos:

—¿No estuvo justificado, incluso a ojos de sesudos moralistas cristianos, el intento de suprimir a Hitler en 1944?

—¿No es el derrocamiento de Somoza en Nicaragua un triunfo de la violencia revolucionaria del que hay que felicitarse, donde la noviolencia había fracasado?

—¿No puede decirse lo mismo de la independencia de Zimbabue, que no se hubiera conseguido sin la guerrilla?

—¿No fue la muerte violenta de Carrero Blanco una victoria en la lucha contra el franquismo, que facilitó el tránsito ulterior a la democracia?

(Puede ser oportuno aquí un paréntesis para señalar que me coloqué en la perspectiva izquierdista que es la de quienes esgrimen estos ejemplos frente a los noviolentos. Que me perdonen aquellos lectores, si los tengo, para quienes Hitler o Somoza eran benefactores de sus pueblos, Rodesia estaría mejor gobernada por los blancos racistas y Carrero Blanco era un estadista clarividente. Para ellos habría que escribir otro artículo en el que los casos de violencia "revolucionaria" cuya justicia y eficacia se discutiría

serían, digamos, el 18 de julio de 1936, el golpe de Pinochet contra Allende o cualquier otra de esas intervenciones socioquirúrgicas que salvan a un país de caer en el caos del comunismo.)

LA NOVIOLENCIA NO ES MANIQUEA

Sobre cada uno de aquellos cuatro ejemplos diré unas palabras, pero quisiera antes tratar de centrar la cuestión con cuidado de evitar dogmatismos. Creo que es un lamentable malentendido en este tipo de polémica la atribución a los noviolentos de una especie de talante maniqueo que nos haría ver en todo hecho violento un mal absoluto sin mezcla alguna de bien, nos incapacitaría para reconocer las virtudes de los violentos y nos haría cerrar los ojos a la realidad de que la violencia puede producir y efectivamente produce, junto a los efectos destructivos, ciertos efectos positivos. Pidamos una vez más que se nos entienda: no aconsejamos ni apoyamos ninguna violencia, y estamos convencidos de que los pueblos alcanzarán su verdadera liberación sólo cuando renuncien sin reservas a la violencia armada y sepan sustituirla por otras formas de lucha. Pero este convencimiento no nos hace ciegos ante la realidad objetiva de que la violencia sigue siendo, hoy como ayer, una de las grandes fuerzas que hacen la historia.

Sólo una de ellas, por supuesto, y todos estamos de acuerdo en que no debe ser la única y ni siquiera la principal. No caricaturicemos el marxismo pretendiendo que concebir la historia como lucha de clases equivale a preconizar la violencia permanente. No exageremos tampoco la sacralización de la violencia de que indudablemente es culpable el cristianismo histórico, hasta el extremo de sugerir que la violencia

se ha hecho ya irremediablemente consustancial al cristianismo. Nada de eso. Me dirijo a contradictores que supongo moderados, que aborrecen la violencia, pero que no creen poder renunciar a ella "como último recurso".

LA VIOLENCIA COMO CIRUGIA SOCIAL

Esta noción del último recurso nos coloca en una perspectiva que yo llamaría de cirugía social. El cuerpo social está enfermo, algunas de sus células se han convertido en parásitos que viven para sí y no para el todo; las medicaciones han fracasado; hay que sajar y extirpar las células u órganos donde radica el mal; hay que sacrificar la parte al todo.

Pienso que este símil es esclarecedor y aceptable para todos. A mí me va a servir para reconocer que veo una buena parte de razón en tal planteamiento. En efecto, esa violencia quirúrgica al servicio del bien común ha alcanzado muchas veces el efecto inmediato que se proponía: eliminar obstáculos humanos. Más aún: eliminados tales obstáculos, es posible que se consigan determinados progresos o beneficios para el conjunto de la sociedad. No puede negarse a priori la posibilidad de que una violencia produzca más bienes que males, aunque no es fácil que unos y otros sean cuantitativamente mensurables. Si esto es lo que quieren hacernos decir los partidarios de la cirugía social, dicho está.

Pero inmediatamente vienen las objeciones, que resumiré en cuatro puntos: 1) la cirugía social como último recurso tiene un carácter numantino; 2) sus efectos negativos tienden en nuestro siglo a crecer en progresión geométrica, mientras los positivos apenas se aprecian; 3) excluye arbitrariamente otros recursos; y 4) se inspira en una concepción totalitaria.

UNA OPCION NUMANTINA

El numantinismo del "último recurso" salta a la vista en la expresión misma. Implícitamente se reconoce que si la violencia fracasa ya no queda nada que hacer, sino morir o resignarse a la esclavitud. El programa que se nos propone no es muy atractivo, y lo peor es que el desenlace fatal es seguramente más frecuente que el éxito. Por cada rebelión triunfante contra un poder tiránico, la historia nos habla de docenas de tentativas ahogadas en sangre. No es serio hacer hincapié en tal o cual caso de guerrillero victorioso y olvidar los muchísimos que no consiguieron para sí y para los suyos más liberación que la muerte, junto con un mayor endurecimiento de la represión para los que quedaron con vida.

UNA OPCION CONTRAPRODUCENTE

Por otra parte, la violencia victoriosa misma presenta en nuestros tiempos unas contrapartidas negativas cada vez más abrumadoras. En siglos pretéritos, uno puede explicarse que se creyera posible utilizar la violencia en forma controlada, como quien usa un veneno con fin terapéutico en su justa medida. Hoy es forzoso constatar que tal control es cada vez más ilusorio. Lo hacen imposible el progreso de los medios de difusión y comunicación, la densidad creciente del tejido social constituido por incontables relaciones de todo tipo y el aumento extraordinario del poder de los medios de destrucción. Los efectos negativos de la violencia se multiplican por imitación y por reacción. Si realizas con éxito aparente eso que hemos llamado una operación de cirugía social, pronto verás otros aprendices de cirujanos que quieren imitarte. También podrás ver con sorpresa que el mal no ha quedado eliminado, pues las células contiguas a las extirpadas reaccionan violentamente por solidaridad con éstas.

UNA OPCION ARBITRARIA

El recurso a la cirugía social excluye otros recursos a los que declara arbitrariamente ineficaces sin haberlos ensayado, o habiéndolos ensayado tímidamente y sin perseverancia. Me escandalizo cada vez que un político declara: "Hemos agotado todas las vías pacíficas..."

¡Qué falta de imaginación! Porque si habla así, es que está vivo; y si está vivo, es porque le queda por ensayar, por lo menos, un recurso noviolento: dejarse matar por fidelidad a la verdad, por ejercer el derecho a la palabra en defensa del pueblo. Reciente está aún la muerte testimonial de Oscar Romero, el arzobispo que se atrevió a urgir a los soldados de su país a que desobedecieran a sus superiores humanos para obedecer a Dios. Cualquiera que sea la evolución ulterior en El Salvador, para mí es seguro que Oscar Romero habrá hecho más por la paz y la justicia que todos los guerrilleros de su país.

UNA OPCION TOTALITARIA

Finalmente, la proclividad a la cirugía social esconde, a menudo inconscientemente, una concepción totalitaria de la sociedad. ¿No se trata, en efecto, de sacrificar la parte al todo? La parte son individuos de carne y hueso, minoritarios en principio, o incluso, en número singular (el argumento de Caifás: "conviene que muera un solo hombre por el pueblo y no que perezca la nación entera"). Pero la aritmética de los políticos es muy especial, y las "minorías" sacrificables

pueden llegar a ser una clase social entera, o el bando opuesto en una guerra civil, y contarse por cientos de miles o por millones. El todo, en cambio, no se cuenta: se convierte en un ente abstracto, despersonalizado, cuya existencia metafísica llega a parecer más importante que la suma de las existencias físicas de las personas. A esto le llamo totalitarismo, tanto si el todo que se exalta es el Estado o la Patria como si es el Pueblo, la Revolución, el Socialismo, la Democracia, etc.

MADUREZ E INMADUREZ PARA LA NOVIOLENCIA

Bien, es posible que con los argumentos anteriores hayamos conseguido sembrar algunas dudas sobre la justificación y la eficacia de la violencia revolucionaria. Pero ¿qué proponemos en su lugar? Desde luego no la inactividad ni la sumisión, sino la no-colaboración con el opresor, la desobediencia cívica activa. No voy a desarrollar aquí la teoría de la revolución noviolenta. Daré por supuesto que el interlocutor escéptico la conoce en cuanto tal teoría, pero que su escepticismo radica precisamente ahí: es sólo una teoría, porque en la práctica los pueblos no están maduros para esas actitudes de desobediencia colectiva asumiendo el riesgo de recibir golpes sin devolverlos.

Este es el meollo de la polémica. Cuando el propio pueblo, o la parte más dinámica de él, reconoce su inmadurez para la vía noviolenta y opta por la vía violenta, hace automáticamente que aquella sea ilusoria e irrealizable como estrategia colectiva. En tal caso, ¿qué puede hacer el individuo noviolento? ¿Tiene algún camino que le permita al mismo tiempo ser fiel a la noviolencia y participar en la lucha por la justicia, discrepar de sus hermanos en los medios pero apoyarles en sus fines, acomodarse de algún modo a una situación

histórica anclada aún en la noción de cirugía social sin dejar de ser heraldo de una terapia social más humana, más luminosa, más eficaz y en definitiva más revolucionaria?

Ese camino existe, y en tales casos requiere por parte del noviolento mucha comprensión y mucha tolerancia. Cuando la opción violenta es asumida por la mayoría del pueblo, es vista con simpatía por la opinión internacional y se muestra históricamente viable (casos recientes de Zimbabue y Nicaragua), oponerle un "no" condenatorio y dogmático puede sonar a altanería insufrible.

UN ACOMODAMIENTO NECESARIO

El acomodamiento tiene que empezar por reconocer el hecho de la violencia. Esta está ahí, hay que contar con ella como se cuenta con la enfermedad o con las fuerzas ciegas de la naturaleza. No depende de la voluntad del noviolento.

Hay que ir más lejos. Quienes recurren a las armas lo hacen siguiendo la voz de su conciencia, convencidos de su derecho y sabiendo que muchos moralistas ponderados les respaldan con su autoridad. No se puede negar a nadie el derecho a seguir los dictados de su conciencia. En este sentido el noviolento debe reconocer que existe un derecho *humano* a la violencia. Por ello a mí no me gusta esa fórmula que a veces quiere presentarse como expresión de la noviolencia: "condenar toda violencia venga de donde viniere...". Para nosotros, ni se trata de "condenar" (sino más bien de invitar con el propio ejemplo a renunciar unilateralmente a la violencia y a sustituirla) ni se trata de adoptar una actitud neutralista que ignore las diferencias entre violencias egoístas y generosas, opresoras y defensivas. ➤

Podemos ir más lejos aún. Podemos admitir, como hipótesis o como posibilidad, que en tal o cual país, en tal o cual situación contemporánea, la cirugía social sea "rentable" todavía en el sentido de que produzca bienes inmediatos palpables y de que sus efectos negativos parezcan controlables. Para nosotros será ésta una situación en cierto modo anacrónica, una supervivencia de una edad de la humanidad en trance de superación, del mismo modo que la pena de muerte podría ser aún socialmente rentable en los sistemas penales primitivos que la conservan.

LA VIA TESTIMONIAL

Lo que no podemos hacer es contribuir con nuestro esfuerzo a esa violencia revolucionaria, por bien intencionada que sea; ni admitir que ella sea la única forma posible de salir de la situación de opresión, pues seguimos convencidos de que hay otras; ni dejamos deslizar hacia la trampa del totalitarismo por la resbaladiza pendiente del desprecio de una vida enemiga. El noviolento que se vea en una de estas situaciones, aislado en medio de una sociedad que no comparte su fe en la noviolencia, siempre podrá optar por la vía testimonial. Su actuación aislada no tendrá la eficacia de una acción colectiva; pero sembrará una semilla, preparará el ambiente y contribuirá a que la acción noviolenta colectiva sea posible en el futuro.

Espero haber aclarado esta doble vertiente de la actitud del noviolento ante nuestro problema: respeto profundo hacia aquellos que creen deber escoger otro camino, pero perseverancia en el suyo propio. Veamos ahora cómo se aplican estas ideas a cuatro ejemplos concretos que, como decíamos al principio, se nos presentan como desafío.

FONDOMOC

EL ATENTADO CONTRA HITLER

Claro está que el atentado contra Hitler en julio de 1944 estuvo justificado a ojos de los mejores moralistas de la época. Fue un típico intento de cirugía social. Humanamente, y dado que entonces estaba en mantillas la doctrina de la noviolencia, aquellos conspiradores que intentaron poner en práctica el derecho al tiranicidio fueron hombres generosos, buenos patriotas, valientes y abnegados, que merecen ser mirados como héroes. Pero tal justificación fue coyuntural, producto de una moral entonces imperante que era una deformación del Evangelio. Es grotesco querer sostenerla desde la perspectiva universal del Sermón de la Montaña, como pretende cierto teólogo alemán que por otra parte ha escrito bellas páginas sobre la noviolencia. Y es desconcertante que un contradictor reproche a los noviolentos su "angelismo suicida" y cite a renglón seguido como ejemplo de conducta precisamente este atentado, cuyo carácter suicida (numantino) es algo más que una frase: es el resultado real de la operación. Hitler no murió, pero más de 150 conspiradores perdieron la vida por ejecución, asesinato o suicidio. Me maravilla la lógica de quienes invocando el realismo y la eficacia pretenden que imitemos este estrepitoso fracaso de la violencia. De verdad: pienso que lo lamentable es que ese centenar y medio de patriotas (militares, diplomáticos, policías, hombres de leyes, funcionarios en puestos de responsabilidad) no tuvieran idea del imperativo moral de desobediencia cívica noviolenta. Si la hubieran tenido, no habrían obedecido borreguilmente durante años las órdenes del tirano, colaborando de hecho con la tiranía y guiando sus conductas por la ley de la mentira, para lanzarse al heroísmo desesperado de la traición sólo cuando era demasiado tarde.

LOS GUERRILLEROS NICARAGÜENSES

En cuanto al derrocamiento de Somoza en Nicaragua, no puede atribuirse exclusivamente a la acción de los guerrilleros sandinistas. Hubo huelgas de hambre sensibilizadoras, hubo movilizaciones sindicales, hubo resistencia noviolenta. Mientras un estudio a fondo de los documentos y de los testimonios no ponga en claro el papel que jugó cada factor, no es lícito extraer de este caso conclusiones en favor de la lucha armada o de la lucha sin armas. Y hay otra incógnita que es difícil resolver sin un detenido estudio histórico y sociológico: ¿hasta qué punto los largos años de guerrilla, en lugar de acelerar la caída del dictador, malograron los intentos de crear un vigoroso movimiento noviolento?

EL CASO DE ZIMBABUE

La victoria de Mugabe en Zimbabue (antigua Rodesia) constituye seguramente un desafío mucho más explícito a un pacifismo que se encerrara en postulados simplistas. Se ha conseguido iniciar una política de reconciliación nacional bajo muy buenos auspicios; pero no puede ignorarse que un factor principalísimo en la consecución de este resultado (junto a las saciones económicas y diplomáticas contra el régimen de Ian Smith a nivel internacional) fue una prolongada guerra de guerrillas. La cosa resulta todavía más llamativa cuando se sabe que Mugabe no es un ignorante respecto a la noviolencia. Siendo estudiante en Sudáfrica fue influido por los escritos y el ejemplo de Gandhi, así como de Nkrumah que en los años cincuenta dirigió su campaña para conseguir la independencia de Ghana tomando a Gandhi como

modelo. En los años sesenta Mugabe participó en campañas de desobediencia civil en Zimbabue y fue detenido varias veces. Pero, según sus propias declaraciones, llegó a la conclusión de que la noviolencia estaba resultando ineficaz y era precisa la lucha armada.

Nos encontramos pues ante una renuncia meditada a la noviolencia, y ante una innegable rentabilidad, al menos de momento, de la violencia. Naturalmente nosotros siempre podremos rechazar esta opción sobre la base del respeto a las vidas de los individuos, es decir, el rechazo de lo que hemos llamado totalitarismo de la violencia; pero no podemos imponer a otros nuestras concepciones morales.

Esta es una de las situaciones en que los argumentos sirven de poco. Cada cual tiene que optar según su fe y sus convicciones profundas. Respecto a la opción de Mugabe, recordemos que los ingleses dieron a Gandhi motivos mucho más fuertes para desesperar de la noviolencia. En 1939 en Amritsar, el general Dyer ordenó disparar contra una multitud desarmada, matando en pocos minutos a cerca de 600 personas. Si Gandhi —como Mugabe ante las atrocidades mucho menores de Ian Smith— hubiera concluido entonces que la noviolencia era ineficaz para expulsar a los ingleses de la India, toda la historia de la descolonización en el siglo XX habría sido infinitamente más sangrienta de lo que ha sido. Pero Gandhi perseveró en su fe.

EL ATENTADO CONTRA CARRERO BLANCO

Difícilmente podrían aplicarse al atentado contra Carrero Blanco los argumentos con que los moralistas cristianos alemanes se han esforzado por justificar el atentado contra Hitler. Entre nosotros, la "operación

Ogro" no ha dado lugar, que yo sepa, a estudios o dictámenes jurídico-morales justificativos. Y sin embargo es frecuente todavía que personas de sólida formación cristiana rememoren aquel hecho con una no disimulada satisfacción y con palabras de aplauso para sus autores. Lo cual no les impide, naturalmente, preocuparse muy sinceramente por los estragos materiales y morales que está causando el terrorismo.

Que haya cristianos capaces de alegrarse aún retrospectivamente por lo que ocurrió en la calle de Claudio Coello el 20 de diciembre de 1973 me parece un síntoma no sólo de nuestra mala asimilación del Evangelio sino también de nuestra poca sensatez política. Dejemos de lado el punto inverificable de si aquello facilitó o no el paso a un régimen constitucional unos años más tarde. Lo que no puede ponerse en duda es que el gran prestigio que aquel golpe espectacular dio a la cirugía social en su variante terrorista lo estamos pagando muy caro aún. Si está claro que los crímenes y torpezas cometidos desde el poder o a su amparo son una de las causas de la degradación social en Euskadi, no está menos claro que otra de las causas es la proliferación de imitadores de aquel acto de violencia. Mas ahora no se trata ya de apuntar tan sólo a los máximos responsables —tesis del tiranicidio—; se trata de una sucia guerra civil en que hay muertos del montón, muertos inocentes, muertos por error, ajustes de cuentas entre antiguos camaradas...

Yo no puedo por menos de pensar que estos muertos de ahora, nosotros mismos contribuimos a matarlos cada vez que exteriorizamos una complacencia más o menos vergonzante por el fin trágico del almirante Carrero Blanco.

Incluso aunque no la exterioricemos.

G. A.

Carta publicada en El CIERVO, agosto-septiembre 1980

OBJETIVOS DE LA NOVIOLENCIA

Queridos amigos:

En el mismo número de junio-julio en que aparece mi artículo sobre la "cirugía de las armas" publicáis también una nueva carta de Carmelo Cembrero en la que insiste en sus objeciones a la noviolencia. Mi artículo no responde sino parcialmente a estas objeciones, pues yo presentaba un punto de vista noviolento frente a la violencia revolucionaria o de lucha contra un poder opresivo, mientras que él trata sobre todo en su carta de justificar otro tipo de violencia: la llamada legítima defensa. Quisiera, pues, hacer cuatro observaciones a la carta de Cembrero.

Primera: que una parte del desacuerdo se debe, como tan a menudo ocurre, a que damos distinto significado a las palabras. Pese a sus elogios a la conducta noviolenta, Cembrero no puede evitar el equiparar violencia a combate, y noviolencia a buenas palabras y no combatividad. Esto se ve cuando contrapone las encíclicas papales (buenas palabras no violentas) a la huelga, sin darse cuenta de que la huelga es para todos los teóricos de la noviolencia un ejemplo típico de no cooperación con el opresor (no violenta en principio, aunque a veces se desvirtúa). Se ve también cuando, citando a los obispos latinoamericanos reunidos en Medellín, contrapone pacifismo a combate, como si lo que hicieron Gandhi y Martin Luther King no fuera un combate.

Segunda: el argumento de autoridad no vale con nosotros. Es erróneo decir que no podemos recusar ciertos testimonios: que si la moral de la Iglesia justifica la insurrección, que si Pablo VI ha dicho esto o lo otro. Todo noviolento cristiano proclama sin rebozo su desacuerdo con la moral predominante en la Iglesia en esta materia desde San Agustín, y trata de empalmar más bien con la

Iglesia preconstantiniana y sobre todo con el Evangelio. Si esto decimos los cristianos, nada digamos de otros noviolentos.

Tercera: los "otros medios" de defensa personal contra ataques violentos empiezan por no hacer mal a nadie, no dar a nadie motivo para atacarnos.

¿Ingenuidad? Pensémoslo bien: estoy seguro de que en la práctica el propio Cembrero adopta ese medio (y espero que no le va muy mal) en lugar de llevar siempre bajo el sobaco una pistola. No creo, sinceramente, que los ciudadanos de cualquier país que toman esta última precaución estén más seguros. Quiero decir que es la historia misma la que nos está obligando a opciones noviolentas en el plano personal; porque según la lógica de la legítima defensa ningún individuo podría separarse de su aparato mortífero, como antaño ningún caballero se separaba de su espada.

La cuarta observación debería ser más bien una larga respuesta, pues se trata del enjundioso problema de la organización de una sociedad noviolenta, y aquí Cembrero nos interpela formalmente cuando nos pide: "...digan claramente si admiten la violencia ejercida por la autoridad legítima en defensa del bien común. Y si no la aceptan, explíquennos cómo se defiende la sociedad contra tantos y tan graves peligros como hoy la amenazan." Se han escrito ya muchos libros para responder a estas interpelaciones, y me veo impotente para resumirlos aquí. Invito a Cembrero a escribirme personalmente si quiere profundizar en el tema. Lo único que puedo hacer aquí es dar algunas pistas.

Creemos que uno de los más graves peligros que hoy amenaza a nuestras sociedades es precisamente la "violencia ejercida por la autoridad legítima en defensa del bien común". Siempre lo ha sido. Las violencias pretéritas que cita Cembrero como ejemplos (la esclavitud, el nazismo, el trabajo de niños en las minas,

la explotación de los obreros) se cometían por la autoridad legítima o al amparo de ella, y en nombre de una cierta interpretación del bien común. Lo mismo ocurre hoy, claramente, en regímenes represivos como los de la Unión Soviética, Cuba o los países del Cono Sur, pongo por caso. Pero incluso en nuestras democracias legitimadas en las urnas es temible la violencia "buena" de las autoridades. Todos lo sabemos, pero preferimos cerrar los ojos mientras no seamos nosotros los violentados.

Además de ser temible en sí misma, resulta que esa violencia "buena" o "legítima" no nos defiende, de hecho. Ni la policía ni las cárceles impiden que haya atracos, secuestros, etc., ni en la mayoría de los países el ejército es defensor del orden constitucional (suele ser lo contrario), ni es garantía contra invasiones extranjeras (sólo en Europa y en este siglo, son 16 los países invadidos una o más veces, pese a sus ejércitos a veces muy poderosos).

Por eso, más revolucionaria que el marxismo que remite *ad calendas graecas* la extinción del Estado, la noviolencia propone empezar desde ahora mismo su transformación profunda: no sólo un derecho penal cada vez menos punitivo,

sino unas cárceles cada vez menos cerradas, una policía cada vez menos policial, un ejército cada vez menos violento. Como dijo Juan el precursor a los soldados que le interrogaban: "No hagáis violencia a nadie...". ¿Hemos parado mientes en que un soldado que renuncia a la violencia deja de ser lo que hoy entendemos por soldado?

¿Cómo, pues, defender la sociedad? El asunto es complejo, por supuesto. Pedirnos una fórmula maravillosa es una ingenuidad, como lo es también el suponer que somos nosotros los ingenuos. No, ya sabemos que no bastan los discursos bondadosos. De lo que se trata es de irse acercando a una sociedad cada vez más justa, menos explotadora, y por consiguiente con menos enemigos. El proceso ha de ser forzosamente paulatino, pero yo diría que la posición noviolenta se caracteriza por aceptar el riesgo de dar pasos en favor del desarme (interior y exterior) sin esperar a que el enemigo potencial esté convencido. El primer paso es la renuncia total a la violencia mortífera, incluida la de los ejércitos. Ya sería una gran revolución.

GONZALO ARIAS
La Línea (Cádiz)

FONDOMOC

La democracia y la violencia no pueden ponerse de acuerdo. Los estados que se dicen democráticos en la actualidad más valdría que se declarasen francamente totalitarios, o bien, si están decididos a convertirse realmente en democráticos, que tuvieran el coraje de hacerse no-violentos. Es una blasfemia afirmar que la no-violencia sólo pueden practicarla los individuos y no las naciones. ¿Es que las naciones no están compuestas de individuos? (*Gandhi, Todos los hombres son hermanos*)

ADIOS, SEÑOR OREJA

Así pues, don Marcelino Oreja se nos ha ido al fin sin abrir la puerta de la verja. Para quienes no estamos en los secretos de los forcejeos por el poder, la noticia ha sido una sorpresa, y todavía no sabemos si este relevo en el palacio de Santa Cruz apresurará o retrasará la deseada apertura de nuestra frontera. Abstengámonos de pronósticos, pues pronto saldremos de dudas.

Lo que podemos hacer en este momento es un balance o recapitulación de los cuatro años largos de actuación del ministro saliente en lo que se refiere a la cuestión de Gibraltar. En una primera aproximación superficial, podríamos decir que tal balance casi se reduce al restablecimiento de las comunicaciones telefónicas para la mayoría de los que habitan a uno y otro lado de la verja, esta es la única medida tomada por el ministro que ha tenido alguna influencia práctica en sus vidas. Todo lo demás son palabras: palabras dirigidas a los ciudadanos españoles, palabras dirigidas a los gobernantes ingleses, palabras para la prensa o la televisión, pero nada más que palabras, incluidas las que en abril anunciaron el próximo fin de las restricciones. Pero no sería justo conformarse con esta visión superficial, pues algunas de esas palabras han allanado obstáculos y han despejado caminos para un mañana que ya es inmediato. Trataré pues de analizar, más con talante de historiador o cronista que con talante

político, lo que el Ministro Oreja ha significado para Gibraltar y su Campo.

Creo que Marcelino Oreja (mucho más que su antecesor José María de Areilza, que no tuvo tiempo para desarrollar una política), será visto por los historiadores de mañana, por más de un concepto, como la encarnación misma de la transición hacia una nueva diplomacia, distinta de la que nos aisló de Europa durante cuatro decenios. Pero transición no quiere decir revolución, ni giro en redondo, ni liquidación total de lo viejo. Quien encarna la transición está en una postura no siempre cómoda, con un pie en el pasado y el otro en el futuro, mirando con un ojo hacia atrás y con otro hacia adelante, con el consiguiente riesgo de descoyuntarse o quedarse definitivamente bizco. Prescindiendo de otros aspectos de la política exterior de Oreja, esto es patente en la cuestión de Gibraltar.

En efecto, al comenzar su ministerio Oreja se presenta expresamente como continuador de la política de bloqueo del Peñón concebida y puesta en práctica por Castiella, a quien reconoce como «jefe, maestro y amigo» y del cual elogia el «plan ideal que sólo podrá rendir frutos si es aplicado con constancia e inteligencia a lo largo de muchos años» (discurso en el homenaje a Castiella en San Roque, febrero de 1.977). Ahora bien, todos hemos visto que en los últimos cuatro años, en lugar de esa «constancia» en la aplicación de

la política castiellista, lo que ha habido es una lenta pero inexorable erosión del bloqueo de Gibraltar, hasta concluir en esa declaración de Lisboa que, por mucho que se haya querido disfrazar, es la confesión del fracaso del bloqueo. Tenemos así un primer rasgo característico de la diplomacia de Oreja: el zigzaguo táctico.

* Zigzaguo táctico, es en efecto, dar seguridades al alcalde franquista de San Roque (septiembre de 1977) de que se mantendrá la política heredada del pasado, y seis meses después evocando las autoridades de La Línea la posibilidad de un servicio marítimo Gibraltar-Algeciras y Gibraltar-La Línea. También lo es restablecer la comunicación telefónica a la chita canina, y ante una interpelación en el Congreso (enero de 1.978) asegurar, para no irritar a los inmovilistas y faltando a la verdad, que tal restablecimiento es sólo pasajero. No lo es menos declarar rotundamente que «no hay relación de causa a efecto entre el problema de Gibraltar y la eventual adhesión de España a la OTAN (marzo de 1.978) y tres meses más tarde sostener con igual aplomo que «los temas de Gibraltar y del posible ingreso de España en la OTAN están interrelacionados». Y más recientemente, la declaración de Lisboa, liquidadora del artificioso tinglado que Castiella montara sobre la frágil base del tratado de Utrech, va seguida sólo seis días después por unos elogios a Castiella que forzosamente han de

sonar ahora menos sinceros que hace tres años...

Otro rasgo propio de la diplomacia de nuestro ministro, sobre todo en su fase más reciente, es la imprecisión en el objeto de la negociación. ¿Qué es lo que se pretende negociar con Gran Bretaña? Creo que la desorientación general de la opinión en torno a la negociación, y hasta diría que la desorientación del propio Ministerio de Asuntos Exteriores, proviene en gran parte del enfoque voluntariamente nebuloso que se ha dado a ese «qué».

La declaración de Lisboa es un modelo de imprecisión diplomática. Se pensó sin duda que así cada uno (Londrés y Madrid, los duros de Gibraltar)

y los duros que rodeaban a Oreja, el buen pueblo llanito y el buen pueblo linense)

podría deducir lo que más le agradara. Lo malo de estas sutilezas es que siempre hay alguien que saca deducciones que no son las suyas; Joe Bossano (atención, amigo tipógrafo, a la ortografía: desfigurar sistemáticamente un nombre es una forma de incomprensión y falta de interés por el vecino) deduce lo que deberían deducir los duros de Madrid, y por eso protesta: estos últimos deducen lo que se querría que hubiese deducido Bossano, y por eso echan arena en el engranaje de la negociación. Y el pueblo sencillo deduce ilusiones que luego parecen desvanecerse. Como ha dicho el llanito Siúl en VOX:

«Hojas del árbol caídas. Juego del «levantar» son. Las ilusiones perdidas son promesas no cumplidas que hizo Oreja a Carrington.»

¿Hubo realmente promesas de Oreja? Las ha incumplido? Caben diversas interpretaciones, pero conviene que nos demos cuenta de que el parodiante de Espronceda recoge el sentimiento común, al menos del lado de allá de la verja. Y todo por esa nebulosidad, esa indefinición del «qué» de la negociación. Podríamos responder a Siúl:

Promesas mal definidas. que hizo Oreja a Carrington son sutilezas tejidas. con hebras ¡ay! retorcidas para la negociación

¿Es la soberanía el punto principal, o al menos uno de los puntos de la negociación? Eso se ha dado a entender o se ha dicho algunas veces (por ejemplo, Oreja en junio), y eso hubiera querido el ministro que se creyeran sus impugnadores a la derecha; pero éstos no se lo creen, y en cambio es el sector gibraltareño más intransigente el que aparenta temerlo.

¿Se trata entonces de negociar únicamente sobre las condiciones de trabajo de los españoles en Gibraltar y viceversa, así como sobre otros puntos prácticos? Eso es lo que temen los españoles intransigentes, y en ese sentido parecían apuntar otras declaraciones más recientes de Oreja. Yo diría que esto último es lo realista: si se trata de negociar, negociemos lo que ambas partes consideran negociable, y dejemos para mejor oportunidad lo que para una de ellas no es negociable. Pero diganlo con más claridad, señores diplomáticos, que aquí nadie nos chupamos el dedo.

No sólo el «qué» sino también el «quién» de la negociación está mal definido, aunque mucho me temo que aquí topamos con una dolencia que no es exclusiva del ministro Oreja. En Madrid se tiene empeño en llevar desde allí la negociación, sin dejar meter baza a los ciudadanos más directamente interesados. Es verdad que se trata de restablecer unas comunicaciones entre Gibraltar y España; pero sobre todo entre Gibraltar y su Campo. Si los británicos hacen entrar en su delegación a los representantes de Gibraltar, ¿por qué no habría de hacer lo mismo el Gobierno de Madrid con los representantes del Campo de Gibraltar? Con el ministro Oreja, era seguramente ingenuo hacerse esta pregunta. No sólo los representantes locales no han tenido acceso a la ne-

gociación sino que algunos que establecieron discretos contactos personales con sus homólogos gibraltareños han sido llamados severamente al «orden» sea por el propio ministro, sea por sus mentores.

Yo no sé si este rasgo, que es en realidad un olímpico desdén de los gobernantes hacia los gobernadores, puede cambiar ahora. Pero pienso que los señores ministros, directores generales etc., no deberían llamarse a engaño. Los tiempos cambian, aunque ellos no quieran cambiar. Me atrevo a profetizar que, tan pronto como se abra la frontera, el proceso será irreversible; la competencia para la negociación sobre puntos prácticos a que antes nos referíamos (cuestiones laborales, turismo, comercio, comunicaciones postales, teléfono y telégrafo, circulación de vehículos)... irá pasando inevitablemente a las autoridades y funcionarios locales. Todos ganaremos con ello.

En resumen: zigzaggeo táctico, imprecisión de la negociación y exclusión de los representantes locales en la negociación, son a mi juicio los rasgos en que se resume la política del ministro saliente en la cuestión de Gibraltar. Sin negar que, con estos rasgos o a pesar de ellos, Oreja nos ha traído una cierta evolución respecto a épocas anteriores, uno se inclinaría a desear que el nuevo ministro no continúe esas tres características.

GONZALO ARIAS
D.N.I. 11.944.612

Los noviolentos no se olvidan de Gibraltar

OPERACION ANTIVERJA-80

Un día de septiembre, inesperadamente, se presentaron en mi casa Francis, Miguel, Paco y Manolo. Venían dispuestos a repetir la Operación antiverja del año pasado, aunque en escala más modesta y con variantes. He aquí el comunicado que publicó AREA:

Comunicado del Grupo Antiverja-80

Hace ahora poco más de un año un grupo de no-violentos, sabedores de la injusticia que supone bloquear dos comunidades (Gibraltar y La Línea) decidieron saltar la verja como llamada de atención y protesta contra el cierre de la misma.

Teniendo como objeto la reconciliación de estos dos pueblos, concentraron su atención en el signo más evidente de esta injusticia: la frontera cerrada.

Los no-violentos propugnamos la apertura de la verja apoyándonos en las siguientes razones:

1.- RAZON HUMANITARIA. La casi totalidad de las familias gibraltareñas tienen parientes, generalmente muy cercanos, en España. Esto trae como consecuencia la existencia de situaciones muy dolorosas, mil veces denunciadas.

Protestamos contra esa clase de patriotas que decretan la necesidad de aceptar grandes sacrificios por el honor del país... a condición de que los sacrificados sean otros, y mejor si son unos infelices sin influencias ni medios para hacerse oír.

2.- RAZON ECONOMICA. Poner barreras es frenar el desarrollo económico. Facilitar la circulación de los bienes es crear riqueza. Esto son verdades elementales que todo campogibraltareño ha experimentado empíricamente. La Línea ha sufrido y sufre a causa del cierre mucho más de lo que sufre Gibraltar, porque la ayuda financiera del Gobierno británico a esta ciudad es bastante más generosa que la del Gobierno español a aquella.

Conste que al decir esto no pensamos en un simple retorno a la situación anterior a 1969.

3.- RAZON POLITICA. Cuanto más dura ha sido la política de restricciones, menor ha sido la presencia cultural y humana de España en Gibraltar, y mayor ha sido la desconfianza y aun la repulsa de los gibraltareños hacia todo lo que pudiera venir de España.

En Gibraltar es sabido que los más intransigentes probritanicos ven en el portalón cerrado una garantía de conservación del «status quo». Para ellos, la apertura sería un peligro de acercamiento a España.

De este lado de la verja, incluso los comentaristas que discrepan de nuestro enfoque reconciliador se dan cuenta de que la política de bloqueo ha fracasado y en consecuencia...

-Desean que se encuentre «la forma de alterar la estrategia».

-Acusan a los gobernantes que «no han hecho nada para corregir la triste herencia que otros gobernantes nos dejaron».

-Señalan que los linenses ya están cansados de pedir soluciones a un problema que les afecta a ellos más que a los propios gibraltareños.

-Piden que «se reconozcan los viejos errores».

-Rechazan incluso como ina-

ceptables las limitaciones impuestas a unos gibraltareños que «no son cómplices conscientes de los ingleses sino sus víctimas también».

4.- RAZON JURIDICA. No hay ley alguna que justifique el bloqueo o que prohíba la comunicación entre Gibraltar y España. Hasta los propios partidarios de las medidas restrictivas reconocieron que estas no obedecieron en ningún momento a normas legales, sino que son de orden político.

La prueba es que se intentó acusar ante la jurisdicción militar a los no-violentos que saltaron la verja, y el juez militar se inhibió. Se buscó inútilmente una ley para castigarlos, pero tal ley no existe.

Pero la cosa es más grave: Existen normas de alto rango jurídico que garantizan la libertad de paso por la frontera, y que son violadas por nuestras autoridades.

La Constitución que en su artículo 19 reconoce a los españoles el derecho a entrar y salir libremente de España, especificando que «este derecho no podrá ser limitado por motivos políticos o ideológicos».

El Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, suscrito por España (y que tiene fuerza de ley desde su publicación en el BOE el 27-7-77) que proclama igualmente en su artículo 12 la libertad de salir de cualquier país y entrar en el propio.

Y si nuestros gobernantes están fuera de la ley por su menosprecio de los derechos humanos, si el cierre de la frontera es contraproducente ¡abrámosla ya!

Reconocemos, no obstante que en aquella ocasión (Antiverja 79) se cometieron errores: por ejemplo, dar ocasión a que se situaran frente a frente dos fuerzas potencialmente violentas (policía y público) en circunstancias tales que hicieron imposible cualquier intervención pacificadora de los no-violentos. Esta vez procuraremos no cometer ese error.

Desde entonces, ha pasado un año sin que la situación de la frontera haya variado, a pesar del inicio de las negociaciones para su apertura. Seguimos denunciando, pues, con todas nuestras fuerzas tal situación tan bochornosa. Y urgimos una pronta y feliz resolución.

Nosotros no-violentos andaluces, nos solidarizamos con el pueblo linense en su justa reivindicación, y por eso decidimos hacer una nueva ruptura pacífica del bloqueo. Lo que pretendemos, en definitiva, es recordar que un Gobierno «que puede prometer y promete» debe cumplir sus promesas.

Tal vez alguien nos acuse de disfrutar creando conflictos. No es este nuestro ánimo. Queremos la reconciliación, pero para despertar las conciencias es muchas veces preciso un compromiso energético.

Ojalá que no sea necesaria una «Operación Antiverja 81».

Firman el presente escrito:

Francis Cortés Torres.

DNI 24898053.

Miguel S. Rodríguez Morales.

DNI 24853167.

Paco González Albéndiz.

DNI 19831877.

Manolo Tinoco Pérez.

DNI 24881358.

La Línea 18 de septiembre de 1980.

El mismo diario
AREA informó así
sobre el desarrollo
de la operación:

INFORMACION SOBRE EL SALTO DE LA VERJA DE GIBRALTAR

A las siete en punto de la tarde del 18 de septiembre de 1980, Paco González Albéndiz (que se había trasladado por la mañana a Gibraltar en un colchón neumático, bogando con las manos) saltó la puerta de la verja.

En ese momento había en el lado de Gibraltar unos cincuenta o cien espectadores, y en el de España unos treinta o cuarenta.

Unos segundos después, y mientras Paco era conducido hacia el edificio de la Aduana, los otros tres no-violentos malagueños (Francis Cortés Torres, Miguel Rodríguez Morales y Manolo Tinoco Pérez) echaron a an-

dar en dirección a la puerta fronteriza a través de la "zona militar y fiscal". Es decir, que iban de España hacia Gibraltar, saliendo al encuentro de su compañero.

Llevaban en pecho y espalda sendos pares de carteles en los que se leía: "Antiverja 80", "Pasar la frontera es legal", "Lo injusto es mantenerla cerrada", "No-violencia".

La marcha de los tres, a paso normal, fue muy breve, unos cuarenta metros. Uno de los guardias civiles de servicio salió corriendo para interceptar su paso. Los tres no-violentos se detuvieron al encontrarse frente al

guardia civil, al que se unió después otro. El público español gritó entonces rítmicamente: ¡Que pasen, que pasen!

Durante unos pocos minutos se desarrolló un diálogo entre los no-violentos y los guardias civiles. El público no pudo oír las palabras, pero vio que en ningún momento hubo gestos o ademanes agresivos, sino que la actitud de unos y otros era perfectamente serena.

A continuación, tanto Paco como los otros tres fueron conducidos a la garita situada al comienzo de la zona prohibida. Todos entraron en ella sin ofrecer

resistencia, mientras el público gritaba: ¡Que los suelten, que los suelten!.

Mientras tanto, y desde el comienzo de la operación, tres o cuatro jóvenes habían estado repartiendo entre los espectadores algunos ejemplares de la hoja explicativa titulada "Y la verja sigue cerrada"...

(Antiverja-80).

La permanencia en la garita duró unos quince o veinte minutos. Llegó un coche de la Guardia Civil y hacia él fueron llevados los detenidos. Pero (al parecer con cierta sorpresa de los interesados) sólo se hizo entrar en el

coche a Paco, mientras que los otros tres quedaron en libertad.

Inmediatamente, con sus carteles puestos, se pusieron en marcha hacia la Casa Cuartel de la Guardia Civil, a la que era conducido su compañero. A la puerta de la Casa Cuartel, tras un breve diálogo con el guardia de servicio en el que hicieron constar su voluntad de ser tratados igual que su compañero, se les hizo entrar y quedaron detenidos.

Estas escenas fueron fotografiadas por el joven de 17 años Diego Arias Dietrich. Un guardia lo observó y Diego fue también detenido. Fue puesto en li-

bertad a las 12.30 de la noche, después de serle incautado el rollo fotográfico.

Los cuatro no-violentos han quedado a disposición del Director de la Seguridad General del Estado. Al parecer, han sido trasladados a la prisión de Algeciras.

En cuanto al propósito y el sentido de esta acción, están explicados en la citada declaración titulada "Y la verja sigue cerrada", que lleva las firmas de los cuatro protagonistas.

JOSE VIVAS MARTINEZ
D.N.I. 24.895.275

También la prensa gibraltareña dio cuenta de la operación, aunque más brevemente. VOX publicó esta foto de Paco en el momento del salto:



Al prolongarse más de 72 horas la detención de los cuatro no-violentos andaluces en la prisión de Algeciras, el Grupo Antiverja 80 difundió el comunicado que se reproduce en la página siguiente.

La libertad de los cuatro (una vez más sin que se les pudiera acusar de nada, porque el salto es legal) llegó al quinto día de haber sido detenidos.

Comunicado del Grupo Antiverja 80
sobre infracción de los derechos humanos

HUELGA DE HAMBRE Y RECURSO DE AMPARO ANTE EL TRIBUNAL
CONSTITUCIONAL PARA HACER VALER SUS DERECHOS

El domingo 21 de septiembre, a las 7 de la tarde, se cumplió el plazo de 72 horas de detención gubernativa de los noviolentos que cruzaron o intentaron cruzar la frontera. Con este motivo, el Grupo Antiverja 80 quiere hacer constar lo siguiente:

1. El propio hecho de la detención de los cuatro militantes noviolentos es una violación de la Constitución y del Derecho Internacional, como demostraron los interesados en el momento de realizar su acción.
2. La prolongación de la detención es una nueva violación de la Constitución, que en su artículo 17, párr. 2, dispone: "La detención preventiva no podrá durar más del tiempo estrictamente necesario para la realización de las averiguaciones tendentes al esclarecimiento de los hechos, y, en todo caso, en el plazo máximo de setenta y dos horas el detenido deberá ser puesto en libertad o a disposición de la autoridad judicial."
3. En vista de ello, los cuatro detenidos se proponen presentar en buena y debida forma ante el Tribunal Constitucional recurso de amparo por violación de los derechos y libertades individuales, acogiéndose a lo dispuesto en los artículos 53 (2), 161 (1 b) y 162 (1 b) de la Constitución.
4. Para apoyar su justa reivindicación, los cuatro detenidos se han declarado en huelga de hambre desde las siete de la tarde del domingo.
5. Los detenidos han comprobado que en la prisión de Algeciras otros presos son igualmente víctimas de violaciones de derechos constitucionales y humanos por parte de las autoridades. Quisieran señalar especial mente el caso del gibraltareño Luis Edward (el apellido puede ser inexacto por estar tomado de oído), taxista y portero del Hospital, que está ya en su decimocuarto día de detención gubernativa, sin pasar a disposición judicial, después de haberse visto obligado a desembarcar en España a causa de una avería en la barca desde la que estaba pescando en la bahía. (Hay también otros gibraltareños en la prisión de Algeciras, de los que se ha ocupado la prensa).
6. En el citado caso de Luis Edward (lo mismo que ocurrió hace un año con el caso de Frank Lombard), debe recalcar que ni el cónsul británico, ni las autoridades británicas ni las gibraltareñas muestran la necesaria energía para reclamar por la vía diplomática el respeto de los derechos de los gibraltareños. Denunciamos este hecho escandaloso de la postergación o el olvido de los humildes por "razones de Estado" o conveniencias de tipo político.
7. Finalmente, el Grupo Antiverja 80 lamenta profundamente que estas irregularidades jurídicas alimenten, con razón, la desconfianza de la población de Gibraltar respecto a la cacareada "democracia" española. Invitamos al Gobierno español a reflexionar sobre la necesidad de respetar sus propias leyes, ante todo por imperativo ético y jurídico, pero también como medida imprescindible para crear entre los gibraltareños un ambiente más favorable hacia todo lo español.

En nombre del Grupo Antiverja 80:

Firmado: José Vivas Martínez
DNI 24.895.275

El siguiente artículo fue remitido al director de EL PAÍS el 7 de noviembre, con ruego de publicación, como respuesta a las opiniones expresadas en las páginas de ese diario por José Luis L. Aranguren sobre la no violencia.

En el momento de cerrar esta "Carta" no tengo noticia de que mi artículo se haya publicado.

Aranguren y la no violencia

De regreso de una estancia en tierras donde no era fácil encontrar "El País", me entero del artículo en que hace un mes José Luis L. Aranguren, bajo el título "El debate sobre la no violencia", resumió y comentó parte de lo que se dijo sobre este tema en el "Foro sobre el Hecho Religioso", que tuvo lugar en septiembre. No me reconozco sino muy parcialmente en el retrato que Aranguren hace de los no violentos, pese a ser una de las personas que él cita como tales. Quisiera, pues, hacer algunas puntualizaciones.

Agradezco ante todo al profesor Aranguren sus elogios y su simpatía hacia nosotros, los aprendices de no violentos. Le agradezco también, ¿por qué no?, que diga que nuestra palabras son para él "una lección de buenas intenciones". Elogio ambiguo, a menos que se suponga que las buenas intenciones son en el mundo de hoy una rara mercancía, cosa que yo no creo; pero elogio que procede también, sin duda, de una buena intención.

Aranguren opone a la pretensión de sustentar la no violencia en el Nuevo Testamento objeciones viejas, mil veces respondidas, y otras más originales. Las viejas se refieren a la actitud de Jesús con los fariseos, con los mercaderes del templo... No voy a aburrir aquí al lector con análisis exegéticos que están al alcance de cualquiera. Baste decir que nosotros no vemos contradicción entre el Jesús del sermón de la montaña y el Jesús que increpa a fariseos y mercaderes. Asumimos la no violencia de aquél, y asumimos la combatividad o agresividad de éste. Quien vea contradicción, quien crea que la no violencia consiste en no protestar jamás contra nada, tendrá que escoger entre pasividad y violencia. No es ese nuestro caso.

Bastante original, y para mí sorprendente, es la objeción que invoca la "tremenda violencia apocalíptica", y alega que el Apocalipsis es "parte esencial del mensaje neotestamentario". ¡Qué lamentable confusión de planos, en Aranguren y en los teólogos de quienes él recoge este argumento! Es cierto que en el Apocalipsis hay una serie de símbolos violentos: el Verbo viste un manto empapado de sangre, de su boca sale una espada afilada, sus enemigos son arrojados vivos al lago de fuego que arde con azufre... Yo no puedo creer que pensadores y teólogos de tanta agudeza crítica se refieran a esta simbología de la cólera divina como posible apoyo de una violencia interhumana. La justificación de la pena de muerte, por ejemplo, recurriendo a los pasajes bíblicos que presentan a un Dios justiciero es propia de los testigos de Jehová y otros devotos de la exégesis literal, pero me ruborizaría que alguien supusiera un talante análogo en el profesor Aranguren. Pero entonces, ¿a qué otra violencia apocalíptica se refiere? Porque en cuanto a la conducta de los elegidos, yo veo en el Apocalipsis la alabanza de la paciencia en el sufrimiento, la exhortación a afrontar las tribulaciones sin temor, y nunca una invitación a combatir con las armas.

Dice Aranguren que los no violentos son poco críticos de sí mismos, y para ilustrar su afirmación observa que el dominio de sí mismo que requiere la no violencia muestra "una acometividad,

una agresividad, una violencia a la que se ha invertido la dirección" y que - añade con frase paulina - "amontona carbones encendidos sobre la cabeza del enemigo". Bien, yo no sé si nuestra autocritica es profunda o superficial; pero sospecho que el ejemplo elegido producirá en cualquier persona familiarizada con los escritores no violentos la sensación de que Aranguren descubre el Mediterráneo. Desde Gandhi, que observaba que es mucho más fácil hacer comprender la no violencia a un violento que a un cobarde, hasta el más modesto aprendiz contemporáneo de esta exigente disciplina, y pese a los matices que puedan distinguirnos, todos estamos de acuerdo en que ser "no violento" no consiste en castrar o matar en nosotros toda combatividad, sino en reorientarla, sea en una lucha con nosotros mismos, sea en una proyección exterior en la que no está excluido algún daño al adversario, siempre que sea compatible con el amor y no se pierda de vista el objetivo último de la reconciliación. La imagen salomónica y paulina de las ascuas sobre la cabeza del enemigo (es decir, el aguijónazo a la conciencia de éste producido cuando se le devuelve un bien por el mal que él causa) es un lugar común entre no violentos cristianos.

Las dos observaciones que quedan son muy propias de Aranguren, muy reveladoras de su talante y, lamentablemente, parecen denotar una distancia difícilmente salvable entre su posición y la de los no violentos. Se trata de su conceptualización de la no violencia como secta y de su idea del pluralismo moral.

Mucho me temo que si lo que caracteriza a una secta es la "confianza de un grupo animado por el fervor religioso-moral de poseer, él y sólo él, la verdad", habrá que colgar esa etiqueta a más de una de las grandes religiones mundiales, empezando por la Iglesia Católica preconiliar en bloque y por amplios sectores de la posconiliar. Lo que en cambio veo poco claro es que, con ese criterio, se pueda calificar de secta a la no violencia, que precisamente erige en norma básica la disponibilidad para reconocer los propios errores y rectificar. Es una simplificación fácil, que ahorra el esfuerzo por comprender, el presentar al no violento como un ser acrílico y aferrado al articulado de un código. Pero esto no es científico. Mi convencimiento de que la no violencia ha acertado a descubrir el camino del progreso en uno de los problemas fundamentales que se plantean a la humanidad no me hace creer que sólo mi grupo posee la verdad. Personalmente, tengo no pocas dudas en más de un problema moral: sexualidad, pago de impuestos, incluso cuestiones que, como la eutanasia, están muy cerca de la temática de la no violencia.

Es cierto, sí, que estamos convencidos de que la humanidad dará un gran paso hacia adelante el día en que renuncie a la violencia mortífera como medio de lucha por la justicia. Pero Aranguren simplifica de nuevo cuando atribuye ese convencimiento a una "cierta necesidad psíquica... de que se nos dé, desde fuera, un criterio infalible de distinción entre el bien y el mal". ¿Desde fuera? Sin hablar de los numerosos no violentos que no se reconocen creyentes, y que por lo tanto no pueden remitirse a revelación alguna, tampoco los que Aranguren llama "no-violentos evangélicos" somos tan "fundamentalistas" como él supone. Ya en 1971, si se me permite citarme a mí mismo, escribí que "desde la óptica de una filosofía de la no-violencia... hay que notar que el carácter absoluto del no matarás no viene impuesto al hombre desde fuera (por Dios o por la ley), sino que se lo impone el hombre a sí mismo como fruto de la reflexión y de la experiencia histórica". Lo cual no obsta, naturalmente, para que sintamos una gran satisfacción al comprobar que esta conquista histórica viene a coincidir con la orientación que nos marca el Evangelio. Pero veinte siglos de cristianismo han demostrado que el Evangelio por sí solo, sin la experiencia histórica, no fue suficiente para imponer al hombre "desde fuera" la opción por la no violencia.

Cuando se constata que nuestra época "mantiene simultánea, pluralísticamente vigentes muchas morales", que "nuestra época sabe que no hay una, sino muchas morales cristianas", uno no tiene más remedio que asentir, en la medida en que se trata de una constatación de algo que vemos con nuestros propios ojos. Pero tengo la impresión de que tras las palabras del profesor Aranguren hay algo más profundo: hay una cierta instalación, no diré si cómoda o incómoda, en el pluralismo. Parece como si hubiera que renunciar a inquirir cuál de las distintas morales que se llaman cristianas es más conforme a lo que Jesús nos dijo. Diríase que todas valen, que es ilusorio el intento de superar tal pluralismo.

Si es ese el pensamiento de Aranguren, yo no puedo por menos de discrepar radicalmente. Para mí el pluralismo de hoy marca una transición hacia una moral más humana, o quizá sería mejor decir más social, menos egoísta en fin. Por lo demás, el pluralismo moral entre cristianos no es exclusivo de nuestra época. La moral cristiana de Calderón de la Barca valoraba positivamente el duelo y el asesinato por razón de honor, pero es seguro que no todos sus contemporáneos opinaban igual. Afortunadamente, no nos hemos quedado anclados en aquel pluralismo.

Gonzalo Arias
Aprendiz de noviolento
7.11.80

Cuatro obras sobre la no-violencia que pueden pedirse a Casatuya:

- LANZA DEL VASTO: La aventura de la no-violencia.
Sígueme, 1978. 236 págs.
Precio en librería, 265 pesetas.
Precio en Casatuya, 200 pesetas.
- JEAN-MARIE MULLER: Mi opción por la no-violencia.
Atenas, 1980. 238 págs.
Precio en librería, 410 pesetas.
Precio en Casatuya, 290 pesetas.
- GONZALO ARIAS: Los encartelados.
2a edición, París 1971, 173 págs.
50 pesetas.
- GONZALO ARIAS: La no-violencia, tentación o reto?
Sígueme, 1977, 239 págs.
Precio en librería, 250 pesetas.
Precio en Casatuya, 200 pesetas.

También podemos proporcionar:

Pequeña bibliografía española 1964-1980
sobre cristianismo y violencia.
8 págs. fotocopiadas, 25 pesetas.
(Breves comentarios sobre 27 obras)

PEQUEÑA CRONOLOGIA HISPANO-GIBALTAREÑA

(Continuación de la iniciada en la "Carta Gurriata" nº 6)

OCTUBRE 1979

- 16: Encierro "de carácter popular" en el Ayuntamiento de La Línea para apoyar la interpelación en el Senado. Están presentes los dirigentes locales de: PSOE, PCE, PSA, MCA, CCOO, OSO, UGT.
- 17: Interpelación de Rafael Román (PSOE) en el Senado: ¿Por qué el Gobierno no ha cumplido las promesas hechas a La Línea con ocasión del cierre? Respuesta de Carlos Bustelo, Ministro de Industria: Tendrían que responder varios gobiernos anteriores, de cuyas actuaciones no somos solidarios.
- 19: Se anuncia una proposición no de ley del PSOE sobre Gibraltar.
- 25: Rafael Escuredo (Presidente de la Junta de Andalucía): Si no abrimos ahora, habrá que hacerlo al adherirnos a la CEE.
- 27: Conferencia del Movimiento Europeo en Madrid, con asistencia del gibraltareño Eric Hoare.
- 28: Declaraciones aperturistas de Rojas Marcos en La Línea. Manolo Chaves (PSOE, Cádiz) en La Línea, con los trabajadores de Sacra; declaraciones ambiguas sobre la frontera.

NOVIEMBRE 1979

- 3: Proposición socialista no de ley, publicada en el B.O. de las Cortes. (Sobre su contenido, véase más adelante, 27 de marzo)
- 10: Salustiano del Campo y Antonio Sánchez Gijón en Gibraltar, para preparar el Seminario de Segovia. (Véase 8 diciembre)
- 14: Manuel Márquez, obrero español, salta la frontera hacia España para asistir al entierro de su padre.
- 29: Sir Ian Gilmour, en nombre del Gobierno, en los Comunes: Reitera el compromiso británico de respetar los deseos de los gibraltareños; Es impensable que España entre en la CEE manteniendo las restricciones fronterizas.

DICIEMBRE 1979

- 6: Debate en el Senado.
Intervención de Marcelino Oreja, que puede resumirse así:
 - Reiteración de viejas declaraciones: apertura condicionada a concesiones británicas; las restricciones no son ilegales; el Tratado de Utrecht como base jurídica.
 - Inexactitudes históricas: el Referéndum de 1967 pretendió proponer la independencia; las restricciones fueron impuestas por España cuando Gran Bretaña declaró su soberanía sobre el istmo.
 - Una novedad: sugerencia de recurrir al Tribunal de La Haya.
 - Un grave error político: España vería con buenos ojos una solución de base conjunta. (El ministro, como se ve, se identifica con España; error de visión que no es infrecuente...)
 Intervención de Fernando Morán: La solución... pasa por la eliminación de la base militar de Gibraltar.
- 7: "Informaciones" dedica sus páginas centrales a Gibraltar: declaraciones de L. Yáñez, M. Azcárate, M. Fraga y G. Arias. Rojas Marcos pregunta al Gobierno si va a abrir la frontera por Navidad.
- 8: Clausura del Seminario de Segovia: los gibraltareños y los campogibraltareños asistentes apoyan la apertura por Navidad; John Russell (ex embajador británico en Madrid) sugiere la ampliación del aeropuerto; los asistentes deciden reunirse de nuevo en Gibraltar en primavera (cosa que no se llevaría a efecto).

Manuel Fraga en Algeciras; declaraciones duras.

11: Oreja responde en el Congreso a Rojas Marcos: "No".

ENERO 1980

18: El Gobierno español cancela la visita del rey Juan Carlos a Inglaterra. "Vox" dice que, según fuentes oficiales españolas, ello se debe a las quejas del Gobierno inglés sobre la severidad española ante Gibraltar, que imposibilita continuar las conversaciones.

FEBRERO 1980

6: Elecciones en Gibraltar. El AACR (Hassan) obtiene 8 puestos, el DPBG (Isola) obtiene 6, y el GSLP (Bossano) uno. Derrota contundente de los candidatos favorables a la negociación con España.

MARZO 1980

6: Declaraciones de Hassan a Radio Nacional de España: El sistema de autonomías de la Constitución española no se ve desde Gibraltar como marco adecuado para el futuro del Peñón.

15: Artículo de G. Arias sobre "Gibraltar ante el derecho". Puntos principales: 1) demostración de la no vigencia del art. 10 del Tratado de Utrecht, de cuyas 8 disposiciones sólo 2 han sido y son bien observadas; 2) posibilidad de una negociación, no sobre la soberanía, sino sobre un aspecto parcial pero importante: "Englobar en un paquete de negociación la apertura de la frontera, la ampliación del aeropuerto y el status jurídico del futuro aeropuerto ampliado podría ser una manera elegante de salir del larguísimo túnel en que entramos hace más de diez años." (Texto completo de este artículo, a disposición de quien lo pida).

27: El Congreso aprueba una propuesta socialista sobre Gibraltar: Puntos principales:

- voluntad española de reintegración de Gibraltar a España;
- invitación a la negociación;
- invitación al Gobierno español a abrir la verja siempre que lo permita el avance de las negociaciones;
- intercambios culturales, económicos y científicos;
- ayuda al Campo de Gibraltar.

(Conviene notar: 1) que se evitan las palabras "soberanía" y "frontera", y no se menciona el Tratado de Utrecht; 2) que han desaparecido dos puntos de la propuesta socialista original, referente uno a la denuncia del "enquistamiento" de la política de reivindicación, y otro al cumplimiento de las promesas hechas a La Línea, entre ellas la construcción de un aeropuerto.)

ABRIL 1980

10: Declaración de Lisboa, Oreja-Carrington. Puntos principales:

- acuerdo de iniciar negociaciones;
- restablecimiento de comunicaciones directas en la región: el Gobierno español decide suspender la aplicación de las medidas actualmente en vigor;
- "la futura cooperación estará basada en la reciprocidad y la plena igualdad de derechos";
- el Gobierno español reafirma su posición respecto al restablecimiento de la integridad territorial;
- el Gobierno británico mantiene su compromiso de respetar los deseos de la población gibraltareña.

(Nótese de nuevo que no se habla de "soberanía", de "frontera" ni del Tratado de Utrecht; nótese también que la reciprocidad futura no se presenta como condición de la decisión presente de suspender las medidas restrictivas de las comunicaciones.)

- 13: Mítin y manifestación en Gibraltar, convocados por Nossano, para protestar contra la apertura de negociaciones.
- 14: Coloquio en Málaga, con participación de Manuel Azcárate (PCE), Javier Rupérez (UCD), Sainz Pardo (PSA) y Luis Yáñez (PSOE). Los cuatro se felicitan por los acuerdos de Lisboa. El representante del PSA insiste en las relaciones entre los pueblos, mientras que los otros tres recalcan que el problema de Gibraltar es sobre todo de relaciones entre Estados.
- 16: Paso atrás de Oreja: Elogios a la política de Castiella; justificación de las restricciones en virtud del Tratado de Utrecht; "si aceptan los ingleses la negociación, nosotros estaremos dispuestos a establecer las comunicaciones..."
- 27: Lord Carrington a "El País": "Acogeríamos cualquier propuesta española para la utilización de las instalaciones militares en Gibraltar". (Días después, repite lo mismo para "La Vanguardia").

MAYO 1980

- 8: Artículo "Eso no, milord" (reproducido en la presente "Carta").
- Hacia el 17: Antonio Sánchez Gijón, en ABC de Madrid, levanta parcialmente el velo de las negociaciones:
- no se ha abordado aún un catálogo o agenda de puntos a negociar;
 - mientras por parte británica intervienen gibraltareños, por parte española no hay ningún representante del Campo de Gibraltar;
 - la primera sesión fue llevada a cabo en inglés.
- A juicio de Sánchez Gijón el tiempo puede jugar en contra de España: "¿Cuánto tiempo - se pregunta - se puede estar anunciando la disposición a levantar unas restricciones sin levantarlas efectivamente?"

JUNIO 1980

Oreja a un diario madrileño: "Esperamos pronto la apertura de comunicaciones y de la negociación, en la que entrará el tema de la soberanía".

JULIO 1980

- 8: Instalación del autor de la presente "Carta" en su nuevo domicilio, en La Línea.
- 17: José Estepa, concejal linense y líder del MCA, detenido a causa de la colocación de una bandera republicana en la caseta de su partido en el recinto de la feria. (Estepa tiene buenos amigos gibraltareños, que no son precisamente de los más pro-británicos. Es de temer, no obstante, que el hecho de que un concejal conozca la cárcel por una bandera no es de los que pueden convencer a los gibraltareños de las excelencias de la democracia española.)
- 18: Conversaciones en Londres. No hay acuerdo. Se retrasa el próximo encuentro Oreja-Carrington. Se descarta la apertura de la frontera en verano.

AGOSTO 1980

- 3: Inauguración del curso de verano organizado por el Ayuntamiento de San Roque. A última hora se decide no enviar el autobús que debía recoger a los gibraltareños, para el cual se habría abierto la frontera. Decepción.

SEPTIEMBRE 1980

- 8: Nuevo Gobierno en España. José Pedro Pérez-Llorca sustituye a Oreja en Asuntos Exteriores.
- 18: Operación Antiverja 80.
- 26: Pérez-Llorca a Lord Carrington: "No se abrirá la verja mientras no se llegue a la conclusión de todos los problemas pendientes".

OCTUBRE 1980

- Hacia el 8: Pérez-Llorca al alcalde y a tres concejales linenses: Se calcula que la frontera estará abierta antes de fin de año, y "en caso de que no estuviese abierta, ya estaría confeccionado un calendario de apertura".
- 12: Revelaciones de José Mario Armero en "La Gaceta Ilustrada": A comienzos de 1977, por encargo de Suárez, hizo gestiones en Gibraltar para un replanteamiento de la cuestión sobre la base de abrir la verja y seguir una política de amistad y de creación de intereses: "Yo propuse crear sociedades conjuntas, explotar negocios entre gibraltareños y españoles". "Los viejos conceptos de soberanía nacional han quedado desfasados. La comunicación es terrible". "Mi teoría es que teníamos que hacernos amigos y compartir intereses. Por lo pronto, hay que acabar con la verja que separa a dos pueblos. Hay que acabar ya. Sin condiciones". Las gestiones fracasaron por la oposición de "las autoridades diplomáticas españolas, y el partido gubernamental también".

Dos publicaciones fundamentales sobre la noviolencia ante Gibraltar:

- Gonzalo Arias: Gibraltareños y gibraltariños
Gibraltar, 1975. 145 págs. 150 pesetas

Contiene:

- I - Latesis oficial española (estudio de los argumentos históricos, jurídicos, militares, económicos, demográficos)
- II - En busca de otros puntos de vista (británico, gibraltareño, muestrario de opiniones españolas...)
- III - Hacia un enfoque no-violento

- Varios autores: Operación Antiverja - 79
70 págs. 125 pesetas
Folleto con ilustraciones en el que se informa exhaustivamente sobre el célebre salto.

El costo de esta Carta es de unas 30 pesetas el ejemplar. Quien quiera ayudar a la publicación de nuevas "Cartas de Casatuya" puede mandar sellos de correos, enviar otra publicación a título de intercambio, fotocopias de artículos o trabajos... También se aceptan, por supuesto, críticas y colaboraciones espontáneas.

FONDOMOC

Tarifa postal
"DIFUSION DE LA CULTURA"

ON	LA LINEA DE	24 NOV 80 18	NOI 12 32 18	EN LAS POBLACIONES CON	LA LINEA DE	24 NOV 80 18	POB
				DISTRITO POSTAL			RII
STE				PONGA EL NUMERO DE ESTE			NI



Remite:

- Gonzalo Arias
- Casatuya - El Zabal
- LA LINEA (Cádiz)

Bakearen Etxea
c/ Carnicería Vieja 9 - 4º
BILBAO - 5

Nº3

La Línea,
Octubre 1981

Carta de CASATUYA

Publicada
por un
aprendiz de noviolento
que ha escogido
el
Campo de Gibraltar

Queridos amigos:

Entre los números 2 y 3 de la Carta de Casatuya han transcurrido ocho meses. Demasiados. Está visto que, de momento, no puedo pensar en nada que se parezca a una publicación periódica. Pero trataré de mantener la Carta, con circulación muy restringida, como vínculo de unión con unos cuantos amigos y otras personas que se interesen por los temas de Gibraltar y de la noviolencia.

De los ocho meses, cinco y medio he tenido que estar fuera de España por razón de mi trabajo. Esta es la principal razón de mi silencio. No obstante, durante este tiempo no me he limitado a las traducciones para la ONU. He podido terminar el libro de que os he hablado a algunos:

EL ANTIGOLPE

MANUAL PARA LA RESPUESTA NOVIOLENTA
A UN GOLPE DE ESTADO

El pensamiento que me ha movido a escribir este libro se refleja exactamente en la siguiente cita de Theodor Ebert, que recojo en las primeras páginas:

"Cuando los reformistas en Checoslovaquia y Allende en Chile se hicieron cargo de las tareas de gobierno, no tuvieron ya tiempo para reflexionar sobre la resistencia civil contra invasiones y golpes de estado. Lo digo con énfasis muy consciente: Lo que hoy pensemos puede significar un día la salvación de la patria: el fracaso de un golpe de estado, la afirmación de la soberanía frente a antiguos aliados, la resistencia a una invasión."

La fecha de publicación no depende ya de mí. Lo he ofrecido a varias editoriales, una de ellas ha dado ya una respuesta positiva en principio, pero todavía no hay una decisión firme. Editar un libro requiere tiempo.

EN CUANTO A GIBRALTAR, este año he estado cuatro veces: enero, mayo, julio (con mi hija Marta, que hizo a nado los 1.600 metros del viaje) y octubre (con mi hijo Diego, idem). Siempre he ido en colchón neumático, y hemos vuelto saltando la puerta cerrada de la frontera, sin publicidad pero sin escondernos. Los guardias civiles, siempre muy corteses y receptivos a nuestros argumentos y explicaciones, cumplieron lo que ellos consideran su deber. Nos tomaron declaración, y quedamos libres en seguida. Cuestión de una o dos horas, según los casos. Unas semanas después suele llegar la notificación de multa, que nunca he pagado, y no hay más complicaciones hasta ahora.

LA BATALLA JURIDICA en torno a la frontera ha cambiado algo en su planteamiento desde el 27 de marzo de este año, fecha de un R.D. que dispone, entre otras cosas, que "las entradas y salidas de los españoles del territorio nacional deberán realizarse

... por los puestos o despachos habilitados al efecto..." Hay ya, por consiguiente, una disposición que puede invocarse para poner una multa, cosa que no había antes. Mi argumento, no obstante, es que la no habilitación de puesto alguno en toda una frontera es anticonstitucional (art. 19 de la Constitución) y contrario al derecho internacional (Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, art. 12,4?).

Por otra parte, he tenido que renunciar a hacer valer estos derechos ante el Tribunal Constitucional, pues para ello sería necesario agotar primero la vía ordinaria, y ello supone muchos gastos.

LOS POLITICOS siguen mostrando escasa voluntad conciliadora de cara a Gibraltar. La visita de los príncipes de Gales al Peñón dio lugar a reacciones apasionadas por una y otra parte, que no hacen sino dificultar la tarea de quienes buscan la concordia. ¿Es necesario, realmente, tener un pundonor tan exacerbado? En 1973, el mismo príncipe Carlos visitó Gibraltar, y nadie se dio por ofendido. ¿Por qué ahora sí? También la cuestión de la nacionalidad de los gibraltareños parece que va camino de ser un motivo de ofensa para el gobierno español. Es curioso. Desde tiempos de Castiella, todas las ofertas españolas de arreglo del problema se basaban en respetar la nacionalidad británica de los gibraltareños que quisieran conservarla, y ningún ministro español pensó que hubiera ahí agravio para España. Ahora, cuando surge en el Reino Unido la cuestión de los diferentes tipos de nacionalidad británica, parece que los intereses españoles quedarían gravemente menoscabados si los gibraltareños tuvieran el mismo tipo de ciudadanía británica que los nacidos en Southampton o Leicester.

LO DE LA OTAN no hay por donde agarrarlo. Es un incalificable despropósito moral (más que político) renunciar a una neutralidad española perfectamente posible (como la de Suecia, Suiza, Finlandia, Austria o Irlanda) y condenar así al país a la destrucción nuclear si estalla la Tercera Guerra Mundial, a cambio de los dudosísimos beneficios a corto plazo que podamos obtener contentando al insensato Tío Sam. Y en cuanto a los efectos del ingreso en la OTAN sobre la cuestión de Gibraltar, creo que

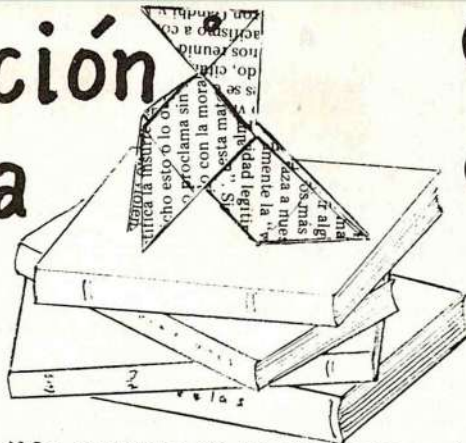
Mingote (ver dibujo) tiene mucha más perspicacia que nuestro ministro de Asuntos Exteriores. Es de temer que lo que realmente busque el gobierno de Calvo Sotelo sea contentar la vanidad de ciertos militares españoles dándoles la oportunidad de confraternizar con ingleses y norteamericanos en una base que de todas maneras escapará a nuestro control.

Oportunidad que, por lo demás, ya había ofrecido el gobierno de Londres en 1966 y que Castiella había rechazado; pero no me extrañaría que ahora se nos quiera presentar como victoria diplomática lo que en 1966 se pudo conseguir sin necesidad de tener la frontera cerrada 12 años.

Pero dejemos a los políticos con sus despropósitos y ocupémonos de cosas serias.



Operación Pajarita de Papel



(Libros
para
Gibraltar)

La Línea,
octubre 1981

Ante la posible apertura de la frontera en breve plazo, el Grupo Antiverja de La Línea, en colaboración con la Librería Ares, anuncia su propósito de estar presente en el histórico acontecimiento con un gesto de amistad y acercamiento a la población gibraltareña.

Es sabido que el cierre de la frontera produjo muchos males, seguramente mayores en La Línea que en Gibraltar. Uno de ellos es el grave retroceso de la cultura y la lengua españolas en Gibraltar, causado por el propio gobierno español. Sin desentendernos de los otros males, queremos dar ahora un paso hacia la rectificación de una situación tan contraria a los intereses de España como a los de Gibraltar.

En Gibraltar se lee muy poco en español. Llegan el diario Area y algunas revistas, pero los libros españoles están prácticamente ausentes.

Toda persona culta, y muy especialmente los educadores, lamentan esta situación. Una población bilingüe debe cultivar su bilingüismo como elemento esencial de la personalidad. El niño que crece en un medio bilingüe debe disponer de libros instructivos y recreativos en los dos idiomas. Pero los niños y jóvenes gibraltareños se ven prácticamente en la imposibilidad de ejercitarse en la lectura y la escritura de uno de sus idiomas - que suele ser el idioma familiar -, y ello por los obstáculos puestos por las propias autoridades españolas.

Es preciso que esta situación termine.

Tal es el objetivo de la OPERACION PAJARITA DE PAPEL, para la que se pide la colaboración de los linenses.

Bases

1.- Se hará un donativo de libros, adquiridos en La Línea por suscripción pública, para niños y jóvenes gibraltareños. Los libros serán de carácter recreativo y educativo, quedando totalmente excluidos los de temas políticos.

2.- El donativo se pondrá a disposición de sus destinatarios a través de una biblioteca pública y de las escuelas de Gibraltar, aunque también podrían utilizarse otros cauces si se considerara oportuno.

3.- El Grupo Antiverja llevará los libros a Gibraltar a primeros de diciembre. Si para entonces no estuviera abierta la frontera, se haría el transporte por vía marítima.

Llamamiento a los linenses

Todo el que desee colaborar en la OPERACION PAJARITA DE PAPEL, y muy especialmente los linenses, pueden hacerlo de dos maneras:

PRIMERA: Aportar un donativo en dinero. Los donativos se reciben en la LIBRERÍA ARES. Se publicarán oportunamente en el diario Area las sumas recibidas y los nombres de los donantes, salvo que éstos deseen el anonimato.

SEGUNDA: Ofrecerse para formar parte del equipo que ha de llevar los libros a Gibraltar. En la misma librería se darán más detalles a este respecto.

La página anterior es reproducción exacta de la hoja de anuncio que ha empezado a distribuirse en La Línea.

Como veis se trata de realizar por fin un viejo proyecto que por diversas razones se ha aplazado varias veces.

Ahora bien, este llamamiento que hago a los linenses lo extiendo también a los grupos de noviolentos y objetores de conciencia, aunque no residan en La Línea, y también aunque no sean andaluces.

Para vosotros, no residentes en La Línea y posibles participantes en la Operación, tengo que dar ya algunas precisiones más:

1 - En caso de que siga cerrada la frontera (como es lo más probable) los libros se llevarán, en principio, el sábado 5 de diciembre, en botes neumáticos, y posiblemente en uno o dos botes de motor.

2 - La entrega de los libros podría ser el lunes 7.

3 - El regreso, por tierra y saltando la puerta fronteriza (repetición de "Antiverja 79"; quien no tenga el folleto así titulado, que lo pida y allí verá más explicaciones), sería el martes 8, día de la Inmaculada.

4 - Para evitar las provocaciones y los disturbios de 1979, se anunciará que si acuden los mal llamados antidisturbios no habrá salto. En tal caso, se podría regresar de nuevo por mar, o bien saltar a una hora no anunciada.

5 - SE PIDEN VOLUNTARIOS tanto para la parte internacional de la acción (pasaporte imprescindible!) como para servir de apoyo en La Línea (reparto de octavillas, contactos con la prensa, fotografías, explicar a la gente el carácter noviolento de la acción el día del salto, etc.)

6 - Convendría que los participantes no linenses estuvieran en Casatuya uno o dos días antes (jueves 3 o viernes 4).

7 - Toda aportación económica será bien recibida. Pero se admite también a los pobres de solemnidad. Ya nos arreglaremos.

Comprendo que las fechas fijadas (que podrían variarse ligeramente, si lo piden los voluntarios participantes) no son las mejores para todos, pero no ha sido posible organizarse antes. Confío de todas maneras en que aparezcan suficientes voluntarios. Bastaría con tres o cuatro, pero cuantos más haya, mejor.

Por otra parte, debo confesar que no es segura la participación de linenses. Existe ya un "Movimiento Linense pro Reconciliación entre los Pueblos de Gibraltar y su Campo", del que he sido promotor, y que tiene ya unos estatutos aprobados por la autoridad competente. Pero sus miembros son muy respetuosos de la autoridad, y se inhiben ante el posible remate de la "Operación Pajarita de Papel" con un salto de la verja. Y no sé cómo responderá la juventud al llamamiento. En todo caso, creo haber hecho suficientes esfuerzos para que no se pueda reprochar al Grupo Antiverja el actuar de espaldas al pueblo de La Línea. De hecho, soy consciente de que mi persona sigue siendo polémica aquí: unos me aplauden, otros me critican. La proporción de los unos y los otros, es algo que yo no puedo calcular.

Estas son las perspectivas, estas son las oportunidades de acción, estas son también las sombras que pueden proyectarse. Seguramente podría explicar más cosas, pero el apremio de tiempo me empuja a enviar esta carta cuanto antes.

Los voluntarios, por favor que se den a conocer rápidamente.

Paz y perseverancia!

Gonzalo Arias
Casatuya
El Zabal
LA LINEA (Cádiz)

Gonzalo Arias

Nº6

Viena (Austria)
Noviembre 1982

Carta de 66



CASATUYA

Publicada
por un
aprendiz de noviolento
que ha estregido
el
Campo de Gibraltar

Gonzalo Arias - Casatuya, El Zabal - LA LINEA (Cádiz)

Queridos amigos:

Aunque a muchos quizá os parecería lógico que la presente carta se dedicara a un examen crítico de la VII Marcha Internacional Noviolenta por la Desmilitarización, no va a ser así, aunque se incluyan a título informativo dos artículos aparecidos hace un par de meses en el periódico local de La Línea. No es que me desentienda de las repercusiones de la Marcha, ni que crea inútil el análisis (que algunos de vosotros habéis hecho ya) de sus aciertos y sus errores, ni mucho menos que me deje de interesar la cuestión de Gibraltar. Es, sencillamente, que no tengo tiempo ni capacidad para todo, y que ahora hay algo que creo más importante.

De hecho, esta carta va a ser más breve que otras anteriores y va a tener menos difusión, pues la destino sólo a los grupos de noviolencia, objetores de conciencia y simpatizantes, y tiene una finalidad muy concreta, que es preguntaros lo siguiente:

¿Creéis que, tomando como base mi libro EL ANTIGOLPE, puede ser factible y oportuno que yo me movilice para una serie de charlas en distintas ciudades, en las que trataríamos de prolongar la reflexión sobre lo que convendría hacer en concreto ante un nuevo intento de golpe, y sugeriríamos tal vez la constitución de algo así como una red de "equipos antigolpe"?

Me explicaré un poco más.

Como sabéis, el 23-F me aguijoneó para escribir El antigolpe. Manual para la respuesta noviolenta a un golpe de Estado. Una vez escrito, no encontré editor que

quisiera publicarlo. Sospechando que las razones de esta timidez editorial no había que buscarlas precisamente en la mala calidad del texto, me lancé a editarlo por mi cuenta. No hubo propaganda, ni casi ningún esfuerzo de promoción. Hasta que Fernando Savater le dedicó en El País una página entera, y entonces empezaron a llover pedidos, y con ellos cartas.

Las apreciaciones contenidas en esas cartas, la evolución de la situación y mis propias reflexiones me hacen ver, primero, que el libro era y sigue siendo oportuno; segundo, que si el libro no va acompañado de otros esfuerzos de difusión de las ideas en él contenidas, llegaremos al próximo intento de golpe de Estado tan faltos de preparación noviolenta como estábamos el 23 de febrero de 1981; tercero, que el libro adolece de lagunas que convendría llenar.

Pero yo solo no puedo hacer esos esfuerzos de difusión ni llenar eficazmente esas lagunas. Por ello me dirijo a vosotros.

De las charlas propuestas, y sobre todo de los coloquios a que dieran lugar, podrían salir ideas útiles. Se trataría principalmente de completar la sección A.4 del capítulo V, Política preventiva en el pueblo, que reconozco muy floja, y que es capital. ¿Qué podemos hacer ahora nosotros, gente de la base que no ocupamos puesto alguno en la administración, para precavernos contra el peligro golpista?

De momento se me ocurre este guión de ideas susceptibles de desarrollo:

- Constitución de un "equipo antigolpe" (EA) en cada ciudad.
- Elaboración de un plan local antigolpe, con atención a las circunstancias de cada lugar.
- Contactos del EA con los protagonistas eventuales:
 - = autoridades locales: que sepan que existe un EA;
 - = ejército (cuarteles o unidades en la localidad): relaciones posibles con la oficialidad y con los soldados (invitaciones a charlas o coloquios, distribución de panfletos...)
 - = guardia civil, policía nacional;
 - = pueblo (asociaciones de vecinos, sindicatos, partidos, público en general);

Los no-violentos se explican

1 - Lo prohibido, lo autorizado, lo lícito y lo delictivo

AREA
MARTES, 31 AGOSTO 1982

En una provincia donde no hay terrorismo, la autoridad gubernativa, para hacer méritos, puede sentir la tentación de inventarse unos enemigos contra los que es preciso ejercer el máximo rigor: los peligrosos pacifistas, por ejemplo.

El riesgo es arriesgado, porque podría llevar a los discrepantes políticos al convencimiento de que el único camino posible ante una autoridad tan obtusa es efectivamente el terrorismo. Esperemos, no obstante, que la sensatez de los discrepantes compense la falta de tal cualidad en los representantes de la autoridad.

Viene esto a cuento de las aventuras y desventuras de los participantes en la VII Marcha Internacional No-violenta por la Desmilitarización. Pasado el ajeteo, terminados los actos programados (salvo los supeditados por «fuerza mayor»), despedidos los participantes que habían venido de tierras más o menos lejanas, recogidos los bártulos y calmados los ánimos, parece llegado el momento de hacer una valoración general de lo ocurrido y dar algunas explicaciones. Doy por supuesto que AREA no nos negará sus páginas para ello.

Parece indudable que nuestras autoridades provinciales y comarcales atribuyeron a los 400 no violentos de varios países concentrados en La Línea unos propósitos de «alteración del orden público» que aquellos estaban muy lejos de tener. Lamentable malentendido. Las autoridades barruntaron algo insólito, y lo in-

sólito en este país está prohibido; eso es al menos lo que parece pensar todo buen funcionario. El Subgobernador Civil para el Campo de Gibraltar se extrañó, a juzgar por su nota del día siete, de que nosotros no hubiéramos

comunicado ni pedido permiso para «ningún tipo de manifestación, concentración o cualquier otro tipo de actos».

¿Cualquier tipo de actos? ¿También hay que anunciar a la autoridad, por ejemplo, la intención de salir de merendola con unos amigos, o de cantar en coro el «no nos moverán»? ¿Por qué no se le ocurrió al Subgobernador Civil o al Comisario de Policía, o a quien fuese que si no pedíamos permiso alguno era sencillamente porque no nos proponíamos hacer nada que requiera permiso previo?

De hecho, para el sábado siete de agosto teníamos pensadas dos maneras de dar a conocer nuestra presencia en La Línea. La primera era lo que suele llamarse un «teatro callejero» en memoria de los holocaustos nucleares de Hiroshima y Nagasaki, al estilo de lo que por esas fechas suele hacerse cada año (sin necesidad de permiso o anuncio) en muchas ciudades españolas y extranjeras. Si la expresión «teatro callejero» pudo inducir a error a los encargados de velar por el orden público, deberían haberse informado mejor: no se trataba de ninguna convocatoria de manifestación ni de ningún espectáculo de masas, sino de la modesta actuación de un grupo de unas 20 a 30 personas que con técnicas psicológicas modernas (símbolos, mímica y escasas palabras) tratan en la calle de establecer contacto con el público para hacerle reflexionar sobre el significado de las armas nucleares.

Acciones de este tipo se realizaron de todas maneras días más tarde, tranquilamente y sin la menor perturbación del orden, en La Línea misma, en Algeciras, en San Fernando y en Gibraltar. ¿Por qué

ese sábado se pensó que era preciso impedir tan inocente actividad? ¿Corresponde realmente a nuestra Policía defender a los criminales de guerra que en el pasado utilizaron la bomba atómica, o a los que se preparan para utilizarla en el futuro?

La segunda acción proyectada para ese día era, quizá más insólita, pero difícilmente podría decirse que fuera más perturbadora del orden.

Se trataba de poner sobre los railes del abandonado y nunca explotado ramal ferroviario de La Línea a la estación de San Roque una vagoneta de fabricación artesanal, como muestra de actividad creadora y para pedir con hechos lo que no basta pedir con palabras. A esto le llamábamos «Inauguración del ferrocarril popular de La Línea». ¿Por qué se dio orden de desbaratar esta operación? ¿Pensaría alguien que había aquí una burla inadmisiblemente de la incompetencia de la administración central?

El hecho es que ese día por la mañana fueron detenidos 66 de los no-violentos acampados en El Zabal: unos al bajar del autobús que les conducía al centro de la ciudad, otros al ser interceptados por aparatosos controles policiales, cual si de temibles etarras se tratara, otros cuando montaban guardia en el recién instalado «tren popular de La Línea».

Los detenidos corrieron suertes diversas: 23 de ellos, todos extranjeros, estuvieron tres días largos en la cárcel de Algeciras, incomunicados, sin asistencia de abogado e ignorantes del tipo de acusación que podía caer sobre ellos. Pudieron así conocer en directo un aspecto de la realidad española al que no todos los turistas tienen acceso: el régimen carcelario en un es-

- = medios de información;
- = colaboración posible de los radioaficionados con los EA.
- Formación de una red de EA.
- Relación entre EA y objeción de conciencia. El EA como embrión de un sistema de "otra defensa". Aspiración a integrar la teoría y la práctica de la defensa noviolenta en los esquemas de un gobierno socialista. Aspiración a que se reconozca el servicio del objetor en el EA como servicio a la patria, apoyado y financiado con fondos públicos igual que el servicio militar.

* * *

Para noviembre tengo ya previstas tres charlas. Las fechas son:

Día 20, Avilés.

Día 23, Marbella (no sobre este tema, sino sobre Gibraltar).

Día 30, Madrid (en el Club de Amigos de la Unesco).

De vosotros dependerá que haya otras. En principio, yo estoy disponible hasta fines de enero, y luego desde el 7 de marzo.

Termino estas líneas a orillas del Danubio, cuando todavía están llegando aquí los ecos de la memorable jornada electoral del 28. Si pecho de optimista al contemplar las perspectivas que la victoria socialista abre para nosotros, atribúyelo a la distancia y a las brumas danubianas de otoño.

En cualquier caso, paz y perseverancia.

Gonzalo Arias

(Viene de la última página)

en las circunstancias actuales. los argumentos que desaconsejan la querrela judicial son los más poderosos.

Creemos, eso sí, que es un deber cívico el denunciar los

hechos ante la opinión pública. Eso he pretendido hacer, con serenidad y sin ira, en estos artículos.

Gonzalo Arias

tabecimiento con cuatro veces más internos que su capacidad teórica. ¡Buena propaganda de nuestro país montaron nuestras autoridades comarcales! Menos mal que el director de la prisión se negó en redondo a recibir más huéspedes, al menos eso se dijo, de manera que no hubo más remedio que poner en libertad al resto de los detenidos, con la excepción del que esto cuenta, que fue amablemente hospedado durante dos días y dos noches en un calabozo de la comisaría de La Línea. Entre tanto, el «tren popular» fue destruido primero, y luego sus restos desaparecieron; puede suponerse por obra de quien.

Resumen; cuando el martes 10 pudo darse por concluido este primer «choque» entre la no violencia y la violencia institucional, esta última había acumulado en su haber las siguientes actuaciones delictivas:

— Secuestro, con la agravante de abuso de autoridad. Privar de la

libertad a numerosas personas sobre las que no pesaba ni una sombra de acusación ni una sospecha de conducta ilegal es algo más que una detención arbitraria; es un delito contra la libertad de las personas, tipificado como tal en el código penal:

— Robo y destrucción de bienes (nuestro tren, del que hasta ahora sólo hemos recuperado las ruedas, tal vez porque eran demasiado pesadas para llevarlas muy lejos).

— Calumnia y falso testimonio: en mi caso personal, cuando fui puesto a disposición del juez me enteré con asombro de que los policías que me detuvieron me acusaban de haberme defendido «con patadas y codazos».

— Intento de expulsión del país por intimidación: los 23 liberados el martes día 10 se los comunicó (mediante sello estampado en sus pasaportes) que estaban «autorizados» a salir de España en el plazo de tres días. Curiosa manera de amenazarnos (sin éxi-

to, por cierto) haciéndonos creer que había contra ellos una orden de expulsión que jurídicamente era insostenible.

Por supuesto que no es esto todo. A los pocos días hubo cosas más gordas, que en su momento consideraremos. Pero esto debería ser más que suficiente para que el ciudadano normal se interrogue seriamente sobre el papel de la violencia institucional o estatal. ¿Será simplemente un abuso del poder ejecutivo o de algunos de los órganos del mismo, y podrá obtenerse reparación recurriendo al poder judicial? ¿Debemos presentar querrela ante los tribunales? Trataré de responder en un artículo próximo.

GONZALO ARIAS

El título escogido por el director de AREA para este artículo refleja su deseo de poner punto final al asunto. Nosotros tendríamos más cosas que explicar, pero bueno...

AREA
SABADO, 4 SEPTIEMBRE 1982

Finalmente se explican los NO VIOLENTOS

2 - Por qué no denunciarnos y por qué denunciarnos

En el artículo anterior recordaba que los participantes en la VII Marcha Internacional Noviolenta por la Desmilitarización hemos sido víctimas de determinadas actuaciones delictivas de ciertos órganos de la violencia institucional, violencia que en recta doctrina jurídica está al servicio de la justicia y del bien común, pero que con harta frecuencia se desmanda.

A los casos ya mencionados pueden añadirse otros, en los que intervinieron diversos cuerpos depositarios de esa «violencia legítima» cuyo monopolio se reserva el Estado. La policía na-

cional cargó de nuevo contra los pacifistas el día 13 en Rota, y 36 de ellos fueron detenidos durante algunas horas sin más motivación que el propósito de obstaculizar sus movimientos. Otra carga, de extraordinaria violencia, tuvo lugar la noche del lunes 16 contra un centenar de personas que pacíficamente se habían congregado ante la comisaría de policía de La Línea para tratar de decir adiós a trece compañeros que iban a ser irregularmente deportados a Francia. También hubo casos aislados en La Línea de grave agresión física a detenidos indefensos en locales cerrados.

Uno de ellos fue especialmente doloroso para nosotros, por proceder de un mando de un Cuerpo armado cuyas relaciones con los noviolentos en el Campo de Gibraltar se habían caracterizado hasta ahora por el respeto mutuo, indeciblemente de que la obediencia debida por un lado y la voz de la conciencia por otro nos colocaran en posiciones contrapuestas. Reconocemos que este hecho fue excepción, y basta.

Párrafo aparte merece la actuación de las lanchas patrulleras de la Armada Española

contra algunos de los 60 pacifistas que se trasladaron en botes neumáticos o a nadado a Gibraltar. Señalemos ante todo la contradicción en las informaciones periodísticas: mientras unos diarios (ABC, Diario de Cádiz) pretenden que la Armada Española «no hizo nada para impedir el recorrido» de los nadadores, y que «no intervino en ningún momento», otros sostienen lo contrario: los nuestros llegaron al Peñón «sin que las lanchas patrulleras de la Armada, que en algunos casos les rodearon, intentando evitar la invasión simbólica, pudieran detenerles» (El Correo de Andalucía); «desmotonaves de la armada... intentando evitar la invasión simbólica, provocando remolinos en torno a los improvisados bañistas, que llevaban media hora nadando y que se vieron en serio peligro físico» (Diario 16); «Lanchas patrulleras de la Armada Española obstaculizaron la acción intentando evitar a los nadadores en las aguas jurisdiccionales españolas» (El País).

La segunda versión es la exacta, por supuesto. Los de las lanchas tenían instrucciones de tratar de impedir el paso a Gibraltar de los nadadores, supuestamente «ilegales». Así me lo ha confirmado personalmente la Comandancia de Marina de Algeciras quien tenía autoridad para afirmarlo. Tratando de cumplir lo que ellos consideraban su deber llegaron a intentar la caza a lazo y maniobraron de manera que las hélices pasaron peligrosamente cerca de los cuerpos de sus obstinados adversarios. Parece que desistieron del intento sólo cuando comprobaron que había grave peligro de un mal irreparable. En todo caso, la falsedad de la versión que atribuye a las lanchas patrulleras una actitud meramente pasiva viene demostrada por el hecho de que dichas lanchas regresaron con un botín: tres balsas neumáticas que habían salido de Gibraltar para auxiliar a los nadadores (los tripulantes de las balsas tuvieron que echarse también al agua) y los efectos personales, incluido el pasaporte, de uno de los protagonistas de la accidentada travesía, el italiano Francesco Tullio.

Me preguntaba en el artículo

anterior si era oportuno presentar la correspondiente querrela ante los tribunales por toda esta serie de hechos que, con palabra suave, podemos calificar de anómalos. La misma pregunta nos han hecho algunos amigos, así como otras personas que sin ser precisamente amigos tienen un explicable interés en conocer nuestra decisión sobre denunciar o no denunciar.

Presentar una denuncia ante el juez competente es la reacción espontánea de quien se siente lesionado en sus derechos. Muy normal, muy civilizado: el ciudadano no se toma la justicia por su mano (práctica frecuente en épocas tenebrosas y países primitivos) sino que confía en los órganos creados por la sociedad para imponer la justicia.

Incluso puede pretender que no lo hace por espíritu de venganza ni para obtener una compensación personal, sino para evitar que otras personas sean víctimas de abusos análogos en otras ocasiones. El denunciar al delincuente, cuando éste es un peligro público (y lo es especialmente cuando el hecho presuntamente delictivo es obra de un representante de la autoridad), puede considerarse a menudo como un deber social. En cambio la falta de reacción, el apocamiento ante el atropello causado por alguien que tiene una posición privilegiada en la sociedad, puede significar colaboración con la injusticia. Podría argumentarse que en circunstancias como las evocadas en estos artículos, existe un deber cívico de ejercitar nuestros derechos. El que acepto calladamente los golpes, vejaciones y abusos de un poderoso, si su motivación es exclusivamente el miedo, no podrá ser llamado «no violento» en el sentido dinámico que Gandhi daba a esta expresión.

Y sin embargo, al lado de este argumento en favor de la denuncia pueden esgrimirse, por lo menos, dos poderosos argumentos en contra: primero, la difícil compatibilidad entre denuncia y perdón; segundo, la inadecuación de la maquinaria judicial española actual para conseguir un rápido restablecimiento de la justicia.

Sinceramente no guardamos

rencor a los subordinados que no tuvieron el valor de desobedecer órdenes desproporcionadas. Si el caso de desobediencia por imperativo de la conciencia no se dió en el Congreso el 23 de

febrero, mucho menos podía esperarse aquí. El mundo de la milicia es como es. Tampoco guardamos rencor a los que dieron las órdenes; estamos dispuestos a admitir que obraron en cumplimiento de lo que creían su obligación, aunque para nosotros se trata de un caso clarísimo de deformación de la conciencia profesional. Para nosotros, la disponibilidad para el perdón es no sólo un imperativo espiritual sino también un principio ético. Nuestro fin último nunca debe ser humillar al enemigo, sino conquistar su espíritu, reconciliarnos con él. Y la denuncia ante los tribunales no es el mejor camino para el diálogo y para la superación de los prejuicios recíprocos.

El otro argumento se refiere al funcionamiento del poder judicial.

Es sabido que los jueces españoles están desbordados, que no pueden materialmente resolver los asuntos al ritmo que se les presentan, y que se calcula que un 60% de los internos de las prisiones no están condenados sino que esperan durante meses y años una sentencia que a veces es absolutoria. La lentitud de los tribunales es una gravísima injusticia estructural. Supongamos que nadie en concreto es culpable de esta situación, sino sólo el sistema. Pero ¿no contribuiríamos nosotros, al presentar nuevas denuncias, a aumentar todavía más la sobrecarga de trabajo de jueces y funcionarios judiciales, y no seríamos así culpables indirectamente de prolongar unos escandalosos períodos de prisión preventiva?

No puedo hablar en nombre de todos los afectados por la represión ejercida contra los participantes en nuestra VII Marcha. Tal vez algunos de los extranjeros presenten efectivamente una denuncia en instancias internacionales. Pero creo poder afirmar que la mayoría de los españoles comparten mi conclusión: